



Memoria republicana: Mil días de fuego con dignidad

Una visión republicana del Ejército Popular (1936-1939)

por Mike Blacksmith

<http://www.sbhac.net>

sbhac@sbhac.net

Contenido

Prologo	3
El ejército de la República antes de julio de 1936.	6
El ejército español en 1936. Conclusiones y bibliografía.....	16
Causas políticas de la derrota de la II República.	18
La derrota del Ejercito Popular: Causas militares.	24
Las consecuencias de los puntos anteriores:	45
Conclusiones: Causas políticas de la derrota del Ejercito Popular:	47

Prologo

En el estudio del Ejército Popular de la II República, lo primero que llama la atención al observador es simple y llanamente la flagrante contradicción entre su aparente estructura de corte clásico y las mil y una facetas visceralmente anti militares, si no revolucionarias, que el estudioso se encuentra a cada paso, incluso en el disciplinado Ejército del Ebro.

¿Puede una fuerza militar operar sin disciplina, por mucho que esté encuadrada en unidades regladas, sin ideario común, sin profesionales? Evidentemente no. ¿Le ocurrió esto precisamente al ejército republicano? ¿Y si así fue, cómo pudo entonces, el Ejército Popular, sostener mil días de fuego frente a un ejército disciplinado y bien impregnado de "virtudes" militares como el rebelde?

En realidad no hay una única respuesta o explicación. Todo eso ocurrió en el Ejército Popular, pero NO fue lo que le ocurrió. El Ejército Popular es quizá el ejército de más complejo estudio jamás creado en España, y por ende el de más difícil entendimiento, eso, sin incluir además, las dificultades añadidas de la larga noche y niebla que lo impidió durante décadas, más los estudios militares franquistas que desvirtuaron, la mayoría a propósito, muchos de los verdaderos aspectos del Ejército Popular.

Sepa por tanto el lector, que no hay tres o cuatro razones básicas que expliquen cómo era el Ejército Popular, y principalmente su derrota. Son decenas de ellas las que se encuentran al estudiarlo, unas positivas, sorprendentes, otras decepcionantes, horribles, pero todas complejas y de difícil abordaje. La mayoría ya ha sido expuesta por historiadores profesionales españoles y extranjeros. Pero aunque no se ha dicho todo sobre el Ejército Popular, sí hay suficiente escrito para pensar por cuenta propia. Y eso nos ha pasado a nosotros, que hemos sacado conclusiones, que hemos desarrollado nuestras ideas (al menos eso creemos) partiendo de la lectura de estudios de historiadores profesionales y de textos de republicanos protagonistas. No siendo nosotros más que aficionados, expondremos estas intuiciones alejándolas completamente de la idea de una tesis (no estamos a esa altura), de modo que se las expondremos al lector como un esbozo, un análisis político crítico y republicano del Ejército Popular: Mantenemos la opinión de que el E.P. fue derrotado políticamente antes que militarmente, lo que implica la dura afirmación de que el Ejército Popular ya nació con plomo en las alas, lo que como republicanos nos cuesta reconocer. Y pese a esta certeza, no queremos dejar de señalar que el Ejército Popular tuvo su oportunidad de empatar la guerra (en el Ebro, justo cuando la República construyó este nuevo ejército sin los peores defectos del Ejército Popular) y tuvo también sus momentos de

gloria. Momentos basados, eso sí, en los dos pilares fundamentales de la estructura militar del ejército republicano, sus comisarios políticos y la voluntad de luchar hasta el final de sus elites militares y políticas (y no nos referimos exclusivamente a los comunistas). Pocos momentos, bien es cierto, para una masa de 600.000 soldaditos republicanos, la mayoría de leva.

El desarrollo de esta idea (la derrota política es anterior a la derrota militar) alumbrará todo este trabajo de republicanos aficionados a la historia militar de la Guerra Civil española y en concreto del Ejército Popular, y será su hilo conductor, iy nos llevará a sorprendentes conclusiones!

Así, para analizar con precisión objetiva este peliagudo tema, la derrota republicana, estableceremos tres categorías de causas, categorías jerárquicas que de mayor a menor validen o invaliden la posible victoria. Esto es, si no se superaron las causas políticas de la derrota de la II República, tampoco se podían superar las causas políticas de la derrota del Ejército Popular, y si tampoco se superaron estas últimas, menos se podrían superar las causas estrictamente militares de la derrota del Ejército Popular.

El Ejército Popular es la obra de un pequeño pero escogido grupo de oficiales profesionales leales, la mayoría de las armas técnicas, que se puso manos a la obra en la gigantesca tarea de convertir los batallones y columnas milicianas del otoño del 36 en un ejército clásico de inspiración francesa, país que tradicionalmente inspiró siempre a las fuerzas armadas españolas desde la invasión napoleónica. Esta gigantesca empresa, se empieza, además, cuando el gobierno apenas controla el área de Madrid y de Valencia. En puridad, hay que decir, que todas las fuerzas del Frente Popular, anarquistas incluidos, comprendían ya en fechas tempranas que algo había que hacer para salvar a la República, toda vez que las milicias se mostraban incapaces, no sólo de derrotar a las fuerzas rebeldes, sino de siquiera contenerlas. El problema radicaba en que tanto los sindicatos como los partidos republicanos disponían de milicias en los frentes y en la retaguardia que los hacían altaneros y fuertes frente al débil gobierno. La política militar del gobierno Giral fue deficiente. Regiones enteras estaban controladas por la CNT, o por ocasionales pactos de UGT y CNT, y que propaganda aparte, dedicaban más esfuerzos a sus actividades político-sociales, mayormente antigubernamentales, que al propio esfuerzo de guerra. Sin embargo, el fantasma de una derrota temprana aleteaba en las mentes de todos mientras las fuerzas rebeldes que avanzaban por el valle del Tajo se acercaban a Madrid.

La cuna del Ejército Popular es el frente del Centro, hijo directo de la Junta de Defensa de Madrid y de los oficiales del Estado Mayor del Ministerio de la Guerra, padrinos, el gobierno

de Valencia, y cómo no, el 5º Regimiento. Hijo predilecto de este ejército, aunque tardío, fue sin duda y por méritos propios, el Ejército del Ebro, el mejor ejército que nunca tuvo Cataluña.

Afirmaciones:

Primera afirmación de Memoria republicana:

El Ejército Popular de la República fue derrotado políticamente antes que militarmente.

Segunda afirmación de Memoria republicana:

Los dos pilares fundamentales de la resistencia militar del ejército republicano fueron sus comisarios políticos y la voluntad de luchar hasta el final de sus elites militares y políticas.

Afirmación de Blacksmith:

Si no se superaron las causas políticas de la derrota de la II República, tampoco se podían superar las causas políticas de la derrota del Ejército Popular, y si tampoco se superaron estas últimas, menos se podrían superar las causas estrictamente militares de la derrota del Ejército Popular.

Explicación sencilla: si la República no destruyó el golpe militar en quince días, no pudo evitar la inmediata ayuda italo-alemana a Franco y sus colegas, y tampoco pudo conjurar la subsiguiente No Intervención, menos pudo presentar en hora temprana un Ejército Regular en todo el territorio gubernamental que defendiera la República, no sólo del enemigo golpista sino también la legalidad republicana dentro del territorio supuestamente "leal".

(Esta asimetría, la resolvieron los golpistas a los pocos días de su alzamiento, y si bien pasaron serios apuros de organización, instrucción y municionamiento, sobre todo Mola, la trama extranjera y civil que preparaba el golpe desde muchos meses atrás aportó todo lo que necesitaban en la segunda quincena de julio y el mes de agosto de 1936, armas, combustibles y financiación, que llegaron desde Italia y Alemania, principalmente. Esto está documentado (siempre lo estuvo), pero fue escamoteado por los historiadores y propagandistas franquistas, y empezó a salir a la luz pública con Howson y después con Viñas y otros historiadores demócratas.)

Una vez derrotada políticamente la república democrática tanto dentro de sus fronteras, como fuera y careciendo de un ejército regular, sólo quedaba derrotar militarmente a sus nuevas fuerzas armadas, primero al Ejército de Milicianos y finalmente a su verdadero escudo, el Ejército Popular.

El ejército de la República antes de julio de 1936.

En los cinco primeros días de la República, el flamante Ministro de la Guerra, Manuel Azaña, disolvió el Somatén, cesó a cinco Capitanes Generales, al presidente del Consejo Supremo del Ejército y a los mandos más importantes de la aviación, repuso a los generales cesados por Primo de Rivera y proclamó un indulto general. Todo ello con sus correspondientes decretos. Pero además, Galán y García Hernández, los protagonistas de la sublevación de Jaca, fueron rehabilitados a título póstumo, fueron prohibidos los símbolos monárquicos en los uniformes y en los cuarteles, más la prohibición de asistencia de militares en calidad de tales a las ceremonias religiosas¹. El gabinete militar técnico de Azaña se ganó las iras de todas las formaciones de la derecha, que así, pero injustamente, alimentaban el rencor militar contra Azaña. Era el principio de la reforma de Azaña.

Tal reforma era una de las primeras, sino la principal, de las tareas que el naciente gobierno provisional quería acometer sin dilaciones. En ella estaba el ánimo general de todos los republicanos, y partidos de izquierda para conjurar de una vez por todas a quienes desde "desde fuertes posiciones seculares y prevalecidos de sus medios" suponían la mayor amenaza contra la democracia en España. A la vista de los que fue, parece que estaban acertados. Justa o injustamente, todas las fuerzas políticas interesadas en llevar adelante el proyecto republicano, no sólo temían a la institución militar sino que también, y parejo, la despreciaban como institución del Estado incapaz para su verdadero cometido, pero eficacísima para arruinar toda acción civil, institucional o no, de carácter progresista. Se trataba del resolver de una vez por todas "el problema militar", y dejar las fuerzas armadas en un papel similar al de las grandes democracias europeas: los militares no intervienen en política, ni por la derecha ni por la izquierda, su única misión, la defensa de la patria y sus intereses. Naturalmente, y como se demostró posteriormente, en el cuerpo de oficiales existían las mismas fuerzas o parejas que en las instituciones civiles, no en la misma proporción, pero si tan vivas. A la caída de la monarquía, el cuerpo de oficiales se encontraba al páiro frente a la República, dejando a un lado a los militares decididamente partidarios o enemigos, un gran porcentaje de la oficialidad, veían a la República con alguna hostilidad pero con cierta esperanza. Esto no debe confundirnos, la mayoría de la oficialidad era muy reaccionaria en los clásicos terrenos de la política y la vida española. Eran, también, muy conscientes del estado calamitoso del ejército, como fuerza armada, pero sus esperanzas no

¹ El problema militar en España. Gabriel Cardona. Madrid 1.990

se encontraban precisamente en la superación de la tradicional incompetencia militar española, sino en la superación de los males de personal que padecían individualmente en sus carnes. Escalas atestadas, sueldos de miseria, corrupción generalizada, favoritismos, etc... En cuanto a su, también tradicional uso como fuerza última de orden público, no era este un tema que les inquietara, al contrario, había sido su papel más habitual desde decenios, y se la consideraba una obligación de los militares en España y desde luego, un derecho. El intervencionismo militar español estaba justificado e imbricado en los males de orden público que sacudieron a la monarquía Alfonsina durante todo su reinado e incluso en la tradición de pronunciamientos surgida después de la guerra de 1808. Los oficiales querían reformas, ¿pero querían renunciar, a cambio, a su papel de árbitro final, de la política española? Recién salidos de una dictadura militar, los oficiales se encontraban en una encrucijada histórica. El nuevo régimen, era evidente que, independientemente de lo que hiciera, lo que tenía en mente era meterlos en cintura. Los militares lo sabían y pese a que mayoritariamente, el cuerpo de oficiales lo que esperaban era más presupuesto y más expectativas, tenían la firme intención de opinar alto y claro a cualquier posible reforma republicana. No parece cierta ni lógica, la común afirmación de algunos historiadores de que la oficialidad, sobre toda la joven, saludó a la República con alborozo, en cualquier caso, poco les duró esa sensación, si era cierta.

El gobierno provisional empezó por lo primero y principal, el juramento de fidelidad al nuevo régimen. Esto que parece de cajón, ya causó las primeras tensiones, y aunque fueron pocos los que se negaron a cumplir el decreto del 23 de abril, naturalmente, había que seguir comiendo gobernara quien gobernara, los que se fueron lo hicieron ya como futuros conspiradores y enemigos a muerte de la República.

Y Azaña comenzó su reforma:

La cual, de aparente carácter técnico era en realidad política, cuyas bases se definían en:

- Una reducción de efectivos del cuerpo de oficiales, mediante el pase al retiro (a la segunda reserva con prácticamente el sueldo completo).
- Supresión de unidades. 37 regimientos de infantería, cuatro batallones de montaña, nueve batallones de cazadores, diecisiete regimientos de caballería, uno de ferrocarriles y dos de zapadores. Muchas de estas unidades pertenecían al ejército de África.
- Reforma de la enseñanza militar con la clausura de la Academia General Militar y traslado de sus director a una guarnición (lo que supuso el odio de Franco a Azaña), manteniendo tres academias, la de Toledo (Infantería, Caballería e Intendencia), la de Segovia (Artilería e Ingenieros), y la de Sanidad Militar en Madrid.

- Reorganización de la administración central del Ejército modificando el Ministerio de la Guerra y restableciendo el Estado Mayor Central.
- Supresión de las Capitanías Generales y de sus regiones militares, creando ocho Divisiones Orgánicas y dejando la categoría de General de División como máxima del Ejército. La supresión de los Capitanes Generales, verdaderos virreyes militares y único cargo institucional cuyo mando superaba la provincia, era decisiva para el control político del Ejército.
- Paso de la administración del Marruecos español a un Alto Comisario civil.
- Reforma de los servicios de movilización y reserva
- Creación del cuerpo de Suboficiales y del CASE (Personal civil del ejército, armeros, etc...) y supresión de las escalas de reserva de oficiales provenientes de las clases de tropa que se intercalan en las escalas activas.
- Supresión de Consejo Supremo de Justicia Militar pasando todas sus atribuciones a la sala sexta de Supremo. Otra necesaria medida que dejaba a los generales sin competencias ni autoridad judicial, la medida se incluía en las situaciones de estado de guerra, alarma, etc...
- Creación del Consorcio de Industrias Militares, con la finalidad de dotar de materiales a las fuerzas Armadas y participar en el el mercado internacional contribuyendo así a la industrialización del Estado.

Tras muchos decretos de urgencia, las Cortes republicanas promulgaron la Ley de Defensa de 21 de octubre que recogía la reforma y definía el papel de las fuerzas armadas de la República, regulaba el reclutamiento y ascenso de los oficiales añadiendo a la antigüedad (méritos), la aptitud, es decir la preparación técnica de los oficiales, con cursos obligatorios de aptitud para los ascensos a Comandante y General, suprimiendo el ascenso por méritos de guerra o por elección. Dejando esta última cuestión en manos del Ministerio. Otro aspecto importante de la Ley es la obligatoriedad de reservar plazas convocadas para oficiales a los suboficiales. Una de las partes más polémicas de esta ley era la exigencia de estudios de determinadas asignaturas en facultades universitarias, y también de exigir a los futuros oficiales el haber servido al menos seis meses de soldado en el arma elegida. Estas últimas medidas suplían evidentemente la supresión de la Academia General, centro político del pensamiento militar reaccionario español, dando a los futuros oficiales más contacto con la sociedad civil y con la tropa. Finalmente, la ley fijaba las Armas, Cuerpos y Servicios del Ejército, dejando:

- Armas: Infantería, Caballería, Artillería, Ingenieros y Aviación
- Cuerpos: Intendencia, Sanidad, Tren -Transportes militares-, Intervención y Jurídico
- Servicios: Estado Mayor (El antiguo Cuerpo quedaba a extinguir)
- Institutos: Guardia Civil y Carabineros.
- Hay que señalar la supresión del Cuerpo de Estado Mayor ("la inteligencia militar").

La Marina fue también reorganizada por los sucesivos ministros. Se promulgó la Ley de Reorganización de la Armada el 24 de noviembre de 1931 cuyas bases eran parejas a la reforma de Azaña. Para empezar se suprimieron los empleos de Capitán General de la Armada y Almirante, se suprimen los Departamentos Marítimos y las competencias jurídicas de los Almirantes. Los departamentos son sustituidos por las Jefaturas de Bases Navales que serían mandadas por un Vicealmirante, que sería el mayor grado en la Armada. Las bases navales serían El Ferrol, Cádiz y Cartagena y en todas ellas habría un Arsenal al mando de un Contralmirante. Las competencias jurídicas pasarían al Cuerpo Jurídico de la Armada. Como bases secundarias quedarían Ríos y Mahón. Se potenció el Cuerpo General de la Armada y se crearon los Cuerpos Auxiliares de las distintas ramas navales, verdaderos cuerpos de especialistas que iban desde Auxiliar de tercera (suboficial) hasta Capitán de Corbeta (Comandante). Se puso en marcha un plan de modernización de unidades y la construcción de dos cruceros pesados y una moderna serie de destructores y minadores. La Armada salió muy beneficiada de la reforma republicana, pero su casta de oficiales no supo apreciarlo o no quiso, quedándose con las anécdotas como la supresión de la coca de los galones del cuerpo general y la sustitución por una estrella de cinco puntas como el resto de los cuerpos, lo que provocó un bien aprovechado malestar entre los oficiales de carrera.

En cuanto al Servicio de Aviación (en teoría, futura arma), se crea el Cuerpo General de Aviación y se reorganizan los Servicios Técnicos. Se modificaron algunos empleos para adaptarlos a la nueva arma y se potenció a algunos pilotos muy reconocidos y que posteriormente todos participarían en el bando rebelde. En la realidad, el Servicio de Aviación no se benefició mucho de las reformas, pues hubo dificultades financieras para llevarlo a cabo. Lo que sí se creó en 1933 fue la Dirección General de Aeronáutica que englobó a todos los organismos afines existentes hasta entonces. Sus competencias fueron las de Mando superior de las FF.AA., Instrucción de personal, Tráfico aéreo, Servicio técnico e industrial y Gestión presupuestaria. Las FF.AA. se constituyeron por la fuerza aérea, propiamente dicha, las fuerzas de defensa aérea, y los servicios aéreos del Ejército y la Marina, todo bajo el mando del jefe superior de las FF.AA.

Por lo que respecta al Ejército de África, la principal reforma consistía en su declaración de ejército de voluntarios, de modo que jamás un quinto español tuviera que ser destinado a la fuerza a África. Quedaba al mando de un general de división y dividido en las dos clásicas zonas con cabecera en Melilla y Ceuta. La reducción de efectivos por la reorganización no mermó la capacidad del ejército colonial español.

Por lo que respecta a las fuerzas de orden público, La Guardia Civil pasó a depender del Ministerio de la Gobernación, y los Carabineros del Ministerio de Hacienda ambos a través del Ministro de la Guerra. La Dirección General de la Guardia Civil y la de Carabineros fueron suprimidas, en parte por la revuelta de Sanjurjo, director general de Carabineros el 10 de agosto. En la Guardia Civil se suprimieron Zonas y Tercios móviles y se revisó la política de acuartelamientos. El Instituto se organizó en cuatro zonas (Barcelona, Córdoba, Valladolid, y Madrid), 19 tercios y 50 comandancias. En diciembre de 1933 las fuerzas de Cataluña son adscritas a la Generalitat y se crea una nueva zona en Valencia. El Cuerpo de Seguridad se incrementó con la Creación de la Guardia de Asalto, dividido en grupos con una plantilla inicial de 2.500 guardias pero que se fue incrementando según la violencia política sacudía a la II República.

El ejército resultante de estas reformas no difería en absoluto del anterior. Más de un veinte por ciento de los oficiales se acogieron al retiro, pero, sorprendentemente, muchos de ellos eran republicanos convencidos, una de cuyas explicaciones pudiera provenir del mal uso que hicieron los militares del gabinete técnico de Azaña de la política de ascensos. Otros muchos de los defectos tradicionales del ejército español, la injusta manera por la que se libraban las clases altas del servicio mediante pago en metálico, siguió existiendo, pese a que se decretó el servicio militar obligatorio. La reducción del presupuesto no permitió desarrollar la legislación sobre el ejército profesional de Marruecos. La revisión de los ascensos en campaña significó una gran fuente de tiranteces y rencores personales, y no benefició a los oficiales republicanos. La adjudicación de destinos otra de lo mismo. En suma, el ejército siguió siendo desmesurado para las verdaderas necesidades de defensa del país. La masa de oficiales se encontraba descontenta y muy receptiva a las incendiarias proclamas de la derecha. La política de orden público siguió siendo la misma que durante la dictadura de Primo de Rivera: Estado de guerra, tropas en la calle y tribunales castrenses, lo que permitió al ejército recuperar el protagonismo político, sobre todo tras la llegada del bienio negro y la revolución de octubre. Otras reformas menores como la desaparición del Cuerpo Eclesiástico militar y la reforma del Estado Mayor también aumentaron el número de los agraviados. Parece claro, a tenor de las reacciones de la clase militar, aunque sea duro afirmarlo, que la masa de oficiales del Ejército y la Armada, a la hora de la verdad, no quería ningún tipo de reformas que pusieran mínimamente en peligro sus seculares privilegios, y que sólo esperaban más presupuesto y más expectativas de empleo. Los artífices y principales teóricos de la contrarreforma fueron Mola y Goded, las camarillas peninsulares, y la elite militar africanista.

No obstante, y pese a la falta de tiempo para completar la reforma, las bases para la modernización del ejército español estaban puestas. La llegada al poder de la derecha en 1933 permitió la vuelta de los oficiales derechistas que crearon una organización secreta, la Unión Militar Española, mayoritariamente apoyada por capitanes y comandantes que más tarde serían las vanguardias de la oficialidad rebelde. Pero la política militar de Gil Robles y de Franco no abordó, pese a que las planteó, las tareas de urgente renovación de materiales, y menos, desarrolló las reformas restantes. En cambio, el ejército fue usado como un instrumento de la política derechista del gobierno. Así que el ejército resultante de estas reformas no cambió, ni a peor ni a mejor, siguió siendo el mismo ejército lleno de vicios que le impedían cumplir con su legal cometido. En cualquier caso, la reforma de Azaña no fracasó realmente en tanto que era "legal" y que dependía en puridad del presupuesto, fracasó eso sí, en cuanto sus enemigos se alzaron en armas contra la legalidad republicana. De hecho, Franco mantuvo algunas de la reformas de Azaña hasta casi nuestros días, desmontando las partes que no le convinieron, es decir Capitanías Generales, Cuerpo Eclesiástico, Tribunales militares, ascensos, etc..., puede decirse, como en el caso de los pantanos, repoblaciones y carreteras proyectados por Prieto, que algunas de las reformas de Azaña le sobrevivieron.

Fuerzas militares el 18 de julio de 1936.

El ejército de 1936 estaba organizado en ocho divisiones administrativas (Divisiones Orgánicas) y dos Comandancias militares. Las unidades estaban distribuidas dentro de las divisiones. La estructura de la división consistía en dos brigadas de Infantería, con dos regimientos cada. Contaba además con dos regimientos de artillería, un batallón de zapadores y unidades auxiliares, y algunas disponían de regimientos de caballería. El total de las fuerzas sobre el papel era:

Personal en plantilla según Salas:			
Empleo	Ejército, Colonias Y Aviación	Fuerzas de Orden Público	Total
Generales	96	8	104
Jefes y Oficiales	11.668	2.642	14.310
Suboficiales	9.373	3.785	13.158
Tropa	148.682	60.865	209.547
Total	169.819	67.300	237.119

Organismos y Unidades	
Ministerio de la Guerra	
Estado Mayor central	40 Regimientos de infantería. (17-23)
Inspecciones Generales, 1ª, 2ª y 3ª	8 Batallones de montaña. (5-3)
8 Divisiones Orgánicas	4 Batallones de ametralladoras. (3-1)
Madrid	1 Batallón ciclista. (1-0)
Sevilla	10 Regimientos de Caballería. (3-7)
Valencia	1 Grupo de artillería autopropulsado.
Barcelona	16 Regimientos ligeros de artillería (6-10)
Zaragoza	4 Regimientos pesados de artillería. (2-2)
Burgos	Unidades de artillería de montaña, costa y DCA. (1-1, 2-2 y 1-1)
Valladolid	1 Regimiento más ocho batallones de zapadores. (1-0 y 6-2)
La Coruña	1 Regimiento de transmisiones.(0-1)
Comandancia militar Baleares	2 Regimientos de carros. (1-1)
Comandancia militar Canarias	Ejército de África (24.741 hombres disponibles)
División de Caballería (CG Madrid)	
Ejército de África (CG Tetuán)	
Dirección General de Aeronáutica	
Inspección General de la Guardia Civil	
Inspección General de Carabineros	

Balance teórico de efectivos de Tierra y Seguridad al 18 de julio:.

Efectivos por zonas ²		
	República	Rebeldes
Efectivos disponibles	27.135	30.487
Total todas las Armas	34.280	31.860
Soldados de permiso	11.908	13.166
Total efectivos	46.188	44.026
Efectivos de las cuatro Armas		
Infantería	14.595	18.181
Artillería	7.064	7.543
Caballería	1.213	2.756
Ingenieros	3.996	1.759
Aviación		
Pilotos	200	300
Fuerzas de orden público (2)		
	República	Rebeldes
Comandancias		
Guardia Civil	108	109
Carabineros	54	55
Grupos Guardia de Asalto	10	7
Detalle individuos.		
Guardia Civil	14.746	15.254
Carabineros	7.975	6.525

² El ejército republicano. Michael Alpert. París 1977.

Guardia Asalto	s/d	s/d
Balance aproximado de materiales al producirse la rebelión militar.		
Material	Gobierno	Rebeldes
Armas largas	275.000	350.000
Ametralladoras	628	1.678
Morteros	40%	60%
Artillería campaña (piezas)	409	631
Artillería anticuada	171	70
Artillería en fabricación	196	0
Aviación Naval + Hidros	22	7
Aviación - aparatos	233	124
Acorazados	1	1
Cruceros pesados	0	2
Cruceros	3	1
Destrucción modernos	9	0
Destrucción antiguos	2	1
Submarinos	12	0
Cañoneros	1	4
Torpederos	8	3
Guardacostas	4	5

División de las fuerzas militares en julio de 1936 según Salas Larrazábal			
Fuerzas de:	Republica	Rebeldes	Total
Tierra	58.249	59.136	117.385
Aire	3.200	2.107	5.307
Marina	12.990	6.996	19.986
Orden Público	42.062	24.477	67.300
Ejército África		47.127	47.127
Total	116.501	140.604	257.105

Este último cuadro de Salas hay que tomárselo con prevención, para empezar proviene de su libro "Los datos exactos de la guerra civil", una pretensión, ya en el título, un tanto simplista, como poco. En la zona republicana ni por asomo estas fuerzas existían y menos como fuerzas organizadas. Pudiera ser que las plantillas teóricas de las unidades que quedaron en zona republicana tuvieran esos efectivos. Para empezar, gran parte de la tropa disfrutaba de permisos de verano, muchas unidades fueron disueltas y las que no, estaban mayoritariamente sin sus jefes ni oficiales naturales y en franco proceso bien de desorganización, bien de integración en columnas milicianas. Otro caso eran las fuerzas de orden público que sí conservaron sus efectivos y mandos (aunque con continuas defecciones según la guerra avanzaba). Por tanto, el cuadro sólo es un indicativo, a nuestro parecer, de las plantillas teóricas de las unidades en zona republicana. Caso contrario de la zona rebelde, dónde, seguramente, sí eran ciertas, incluyendo los permisos, cuyos beneficiarios se incorporaron a golpe de bando militar. Por ello, en cuanto a lo que concierne a la República, este cuadro es una mera curiosidad estadística.

El ejército español en 1936. Conclusiones y bibliografía.

Los militares republicanos que participaron en la reforma de Azaña vivieron su compromiso en una atmósfera llena de conflictos políticos y de una u otra forma se encontraron en una difícil posición. Fueron tachados de antipatriotas y de la misma forma que la reforma técnica quedó en ciernes, no pudieron conseguir el objetivo fundamental, separar al ejército de la política. Pero aún más, el mayor efecto que produjeron las razonables reformas de Azaña fue dividir completamente a la oficialidad, obligándola a identificarse a favor o en contra, o lo que es lo mismo, emprender la carrera de la lealtad o de la rebelión. Los sucesos posteriores al primer gobierno de Azaña, la revolución de octubre, y la victoria electoral del Frente Popular en febrero del 36, fueron los hitos que marcaron la conciencia de los oficiales en uno o en otro sentido, variando su activismo según convicciones personales, pero afianzando radicalmente la perspectiva personal ante el futuro, de la misma manera que le ocurría a la sociedad civil. No dudamos de que un considerable porcentaje de oficiales, de motu proprio, nunca hubiera protagonizado ningún tipo de asonada, pero una vez estallada la rebelión, los dudosos fueron los menos.

¿Pero por qué el cuerpo de oficiales del ejército español no vio en las reformas de Azaña una oportunidad de mejora para el ejército, y en definitiva para la defensa de la patria que decían amar? La explicación se basa en varios ejes:

- Los oficiales del Ejército español llevaban décadas ignorando la descarnada ineficiencia de su burocracia militar. Este no era un asunto de prioridades para nadie, salvo notorias excepciones de militares ilustrados que siempre hubo en el ejército. Por tanto, aun asumiendo en parte esta realidad, no fue considerado aspecto esencial por la clase militar.
- La envidia y los celos profesionales envenenaron todas las relaciones personales que se necesitaban para poner en marcha semejante proyecto. La voluntad de cooperación se volatilizó ante las primeras injusticias, reales o ficticias, que se generaron desde el gabinete técnico de Azaña, perdiéndose para la reforma señalados próceres, como es el caso del general Goded. La obsesión por los ascensos, en parte justificada por la precariedad económica de la clase militar, contribuyó tanto como la anterior a la reprobación general de la reforma. Resumiendo, los militares, como venía ocurriendo desde tiempos inmemoriales, antepusieron su situación personal a la colectiva. El patriotismo de verdad brilló por su ausencia.
- La simplista reducción que hacía la oficialidad conservadora de los partidos de izquierda, metiendo en el mismo saco de sus desprecios y odios, a republicanos moderados, como a la

radical izquierda obrera española, agrandando aún más la dificultad de tender puentes entre el gobierno y la clase militar.

- La incapacidad del gobierno y en especial de Azaña para hacerse comprender por el ejército, que con su desafortunado sentido de la oportunidad arruinaron las pocas posibilidades que la reforma tenía.
- El oportunista papel que se otorgó la derecha para instrumentalizar las aspiraciones militares y convertirlas en un instrumento de su política antirrepublicana.

De modo que el ejército siguió siendo el mismo. Las elites africanistas continuaron su imparable ascensión hacía la rebelión. Los oficiales leales siguieron considerándose discriminados. El ejército siguió siendo nulo como fuerza militar y se acrecentó, recuperando las posiciones perdidas, como fuerza política decisiva y principal problema de estabilidad de la España republicana. Nada había mejorado realmente en la burocracia militar, pero todo, por contra, había empeorado. Si muchas veces se culpa a las fuerzas políticas de derechas y de izquierdas de no saber asumir las formas de la democracia y por ello de ser incapaces de resolver las necesidades del pueblo, unos por exceso y otros por defecto, el Ejército español, como fuerza política del momento, fue uno de los mayores culpables de este desastre democrático, mucho antes de que se la rebelión se planteara. Y en cierto modo, esta es la primera derrota militar de la República.

Causas políticas de la derrota de la II República.

En el inicio de este análisis y sin que parezca rizar el rizo, vamos a diferenciar claramente, como el lector verá a lo largo de este artículo, las causas políticas de la derrota de la II República y las causas político-militares de la derrota del Ejército Popular. Las primeras no son propiamente objeto de este apartado y siendo bien conocidas las expondremos sucintamente, desarrollando posteriormente las segundas, verdadero objeto de esta introducción al estudio del Ejército Popular.



Un posible escenario si Sevilla, Zaragoza y La Coruña se hubieran mantenido con el gobierno y como otras ciudades gubernamentales se hubieran expandido.

La tres principales causas de la derrota de la II República fueron sin duda decisiones políticas propias y de terceros.

Esto es, la incapacidad del gobierno de Casares Quiroga (y por tanto de Azaña) de reconocer lo que se le venía encima (causa que enlaza con su incapacidad de impedir el golpe desde febrero a julio de 1936). No se trataba de otra Sanjurjada, este era un golpe distinto y había que atajarlo en 48 horas o las cosas se pondrían muy serias. La decisión de no repartir armas al pueblo propició la pérdida de ciudades claves, como Sevilla, Zaragoza, La Coruña y otras. Los gobernadores civiles republicanos, moderados y mediatizados, tuvieron grande culpa de estas pérdidas, algunos se negaron a repartir armas al pueblo, incluso cuando ya tenían esa orden. La configuración de un mapa distinto, dónde no se hubiera perdido Sevilla,

Zaragoza y La Coruña, ciudades con mayorías de izquierdas, hubiera sido decisivo para hacer fracasar rotundamente el golpe y ponerlo en vías de extinción. Con Galicia, la Bética y Zaragoza en poder republicano, sólo quedarían las fuerzas de Mola y el Ejército de África en rebelión. Para esta tarea, la tarde del 17 y el día 18 habrían sido decisivos, repartiendo armas al pueblo previo pacto político con los sindicatos y los partidos del Frente Popular, incluso creando un gobierno del Frente Popular más sindicatos, más nacionalistas. Reflejos estos que precisaban de políticos más audaces que los que detentaban el gobierno en julio de 1936 y que como el propio Casares, temían más a la revolución que a la reacción.

La segunda causa política es la decisión de Inglaterra de preferir la incertidumbre de la rebelión militar a la certidumbre de una República trufada de peligros revolucionarios. La decisión de Inglaterra arrastraba la de Francia, que tras sus primeras dudas iniciales y sus primeras dificultades siguió el camino de su aliado. Esto dejaba a la República sin ayuda militar y sin respaldo político en el escenario internacional. Esta ceguera inglesa era en el fondo la misma que hemos señalado para los políticos burgueses de la II República y estaba basada en la desconfianza que se tenía de la izquierda española, significada primero en la fracción radical del Partido Socialista cuyo líder, Largo Caballero, venía calentando irresponsablemente los ánimos del proletariado (amen, de impedir a Prieto formar parte del gobierno en febrero), y una completa desconfianza, si no hostilidad, en las masas anarquistas. En cualquier caso, fue un error brutal no apoyar al gobierno republicano español de cara a la historia que vendría. Si las democracias hubieran intervenido eficazmente en España liquidando el golpe militar en 15 días, Hitler hubiera tenido que variar su política de agresión. La II guerra mundial hubiera sido mucho más difícil para Alemania y en cualquier caso distinta, pues como a Napoleón, España se le hubiera atragantado a Hitler.

La tercera causa es la inmediata, abundante y permanente ayuda material y política que reciben los rebeldes, de Italia, y la más cualitativamente importante, de Alemania.

Dado que estas tres causas se configuraron en el primer mes de la guerra, la República estaba en graves dificultades si no se adecuaban urgentemente medidas radicales para superar una situación inicial tan desventajosa. Es decir, pese al famoso discurso de Prieto sobre los recursos del gobierno para sofocar la rebelión, la realidad era que a los pocos días del 17 de julio la ventaja estratégica y política de los rebeldes era abrumadora. Estas ventajas rebeldes se resumen en:

- Tienen un ejército profesional que no sólo no se ha dislocado por el golpe sino que se ha afianzado con la admisión de masas de militantes fanáticos con instrucción premilitar, pero bajo mando profesional.

- Pueden pagar la nómina militar y de fuerzas de orden público gracias a la ayuda financiera de March y otras fuentes.
- Tienen ayuda material exterior inmediata y de muy alta calidad.
- Tienen la iniciativa estratégica.
- Tienen unidad político-militar.

Algunos autores, añaden a estas tres causas de la derrota política de la II República, una cuarta, que sería la discordia republicana, la lucha interna por el poder entre republicanos, soterrada a veces, y otras a tiro limpio, pero que a nosotros, a estos efectos, la consideramos causa menor, excepto al final de la guerra, ya que, aunque incidió en las crisis periódicas de los gobiernos republicanos y desmoralizó a una importante parte de la población, no afectó significativamente al potencial combativo de las fuerzas armadas pese a que una importante parte del Ejército Popular y sobre todo del Comisariado sí que manifestaron sentir sus zarpazos. Pero esto ocurrió en frentes estáticos. Además, la política de resistencia y de búsqueda de la paz de Negrín palió en gran manera sus perjuicios y no creemos que influyera decisivamente en la capacidad de presentar batalla del gobierno hasta casi el final de la guerra, que es cuando se produce el golpe de Casado y el fenómeno militar conocido históricamente como "*disolución*" en el Ejército Popular en Cataluña.

A nuestro entender, y como relatamos, estas tres causas políticas relatadas enlazan directamente con tres durísimos trances por los que la II República pasó:

- La II República estaba en gravísimo trance a los pocos días de la rebelión.
- Era militarmente imposible ganar la guerra tras la pérdida del Norte.
- La capacidad de alcanzar la paz negociada, o sea de hacer tablas, se perdió en la conferencia de Múnich coincidiendo con el momento más álgido de la batalla del Ebro.

Resumiendo: Las tres principales causas políticas de la derrota de la II República:

- La incapacidad gubernamental de impedir el golpe y el error inicial de no entregar las armas al pueblo e inmediatamente formar un gobierno de salvación nacional que incluyera a todos los partidos del Frente Popular y a los sindicatos.
- Abandono a su suerte de la República por parte de Inglaterra y Francia.
- Decidida y temprana ayuda de las potencias fascistas a los rebeldes.

Que como vemos, se produjeron durante el primer trance decisivo de la II República. Es por tanto la primera hora el momento crucial. Pero el gobierno es incapaz de afrontar este momento, ha perdido todo control del orden público y no tiene ya un ejército ni fuerza de orden público que garantice su actuación. Efecto colateral importantísimo del golpe militar, que ni Mola ni nadie había tenido en cuenta cuando preparaban su golpe, dado que creían

poder triunfar en una semana como mucho. Los golpistas no triunfaron en toda España, pero SÍ incapacitaron al gobierno Giral destruyendo el poder republicano en todas las regiones no rebeldes de España, zona Centro incluida. El golpe potenció precisamente lo que decían combatir: las fuerzas revolucionarias y centrifugas de la España del siglo pasado.

Llegados a este punto, bien cierto es que era muy difícil tener una buena visión estratégica, en el caótico escenario de la zona republicana, que hiciera ver con claridad la necesidad de preparar una política militar defensiva a la espera de tiempos mejores, es decir más igualados militarmente. Esta política militar defensiva no hubiera tenido verdadero efecto hasta la llegada rebelde a Madrid, tal como fue, pero sí hubiera permitido organizar la retaguardia y dismantelar todo poder no gubernamental para posteriormente pasar a la ofensiva. De una forma u otra, el gobierno Giral lo intentó, puso en marcha su visión del ejército, los batallones de Voluntarios, mezcla de milicianos y soldados regulares con los que buscaba poner en pie un ejército gubernamental. Dicho familiarmente, si todos tienen milicias, el gobierno, también.

También trató de controlar el orden público y los recursos del estado, pero no practicó una política de defensa adecuada, por dos motivos, primero, porque el teatro de operaciones, valles del Guadiana y del Tajo no lo permitían, y segundo porque era imposible que lo hiciera un gobierno que apenas controlaba Valencia y Madrid con unas fuerzas irregulares que sólo nominalmente y a la hora de cobrar la nómina, precisamente, decían servir al gobierno. Se necesitaba otro tipo de gobierno, se necesitaba unificar la retaguardia, se necesitaba un nuevo ejército.

El gobierno de Largo Caballero, se encomendó a dos tareas fundamentales: el gobierno de unidad y la creación y puesta a punto de un ejército regular. Y una vez creado éste, atacar, atacar en cuanto hubiera posibilidades. Estos son los dos ejes de su política de defensa: Crear el Ejército Popular (que no del pueblo, como veremos más adelante) y la política de ofensivas. Esta última política ha sido objeto de muchas controversias y hay quien la ha señalado como uno de los errores estratégicos principales del gobierno. Sólo se puede estar en parte de acuerdo. No sabemos si renunciando a la política de ofensivas de los gobiernos de Largo Caballero y Negrín y manteniendo y acumulando todos los recursos posibles hasta generar una situación de empate que invalidara la capacidad ofensiva enemiga, tablas en el escenario militar, como decimos, la II Republica hubiera tenido más expectativas militares reales de las que hubo. En esto hay bastantes opiniones y es muy difícil hacer precisiones. Pero lo que sí está claro es que no atacar era insostenible políticamente, tanto para Largo Caballero, como para Prieto y Negrín. ¿Era, por tanto, la

política de ofensivas una doctrina militar coherente con la situación militar que atravesaba la II República, con sus recursos y sus posibilidades reales? Pienso que esta disyuntiva no es una de las claves de la derrota política del Ejército Popular. El gobierno estaba obligado a hacerlo, su legitimidad pasaba por tratar de recuperar el país entero, pero al no tener resuelto graves problemas políticos y militares, semejante estrategia sí que era arriesgadísima. La doctrina militar republicana no era del todo coherente con la realidad que vivía la II República. A primera vista y como en un combate de boxeo por el título, el que tiene que atacar es el aspirante y el titular defenderse y golpear a la contra. Parece que los gobiernos republicanos se empeñaron en hacerlo al revés y Franco se ensañó en sus contragolpes hasta desfondar la resistencia republicana. (Resistencia, por cierto, que es notablemente, el elemento militar gubernamental más destacado de la Guerra Civil española. La República sólo se rinde en Madrid). ¿Pero tenía la República otra opción? ¿Podía la República militar y políticamente, permitirse el lujo de practicar sólo la defensa?

Quizá militarmente sí se hubiera podido en la batalla de Madrid, y haberse evitado desastres como el del Cerro Garabitas. El problema estriba en que los gobiernos republicanos, y esto incluía a los altos mandos militares, no podían permitírselo. O atacaban o caían. Es decir, o tenían algún éxito militar o se iban. Y para cambiar la suerte de las armas no queda más remedio que atacar. La presión política arruinaba las posibles políticas de defensa de los sucesivos ministros del ramo. Así que la República, cargada de gravedad, atacó una y otra vez, hasta que no pudo más y cayó desfondada. Los historiadores militares franquistas, y todos los que los creyeron, nos hicieron ver un panorama de milicianos que siempre salían corriendo abandonando armas y bagajes, y si no lo hacían es que eran rusos. Caricatura que no sólo es insultante, sino que falta exageradamente a la verdad. Las desbandadas y las retiradas naturalmente que ocurrieron, pero es que la República estaba siendo derrotada y cuando uno pierde en el campo de batalla, lo que hace es retirarse. Además, estas retiradas no pueden ser juzgadas peyorativamente sino dentro del contexto general y de las reglas de la guerra. Estos historiadores no aplican estos raseros a grandes ejércitos europeos de su admiración, sólo a los milicianos, que, en gran contradicción con sus afirmaciones, no pudieron ser derrotados sino tras tres largos años de combates terribles, y que en más de una ocasión buenos sustos les dieron. Abundaremos sobre este tema más adelante.

Y así, ésta, para nosotros, incorrecta estrategia militar, atacar para cambiar la suerte de las armas, pese a que debilitó las fuerzas de choque republicanas no es en sí misma una causa fundamental de la derrota pese a su incoherencia con el estado real de la fuerza armada republicana. Se trataba de una estrategia de obligadas circunstancias, que añadió males al saco de todos los males republicanos pero que no decidió militarmente la contienda.

Opinamos, igualmente, que la otra estrategia posible, aguantar hasta ser tan fuertes que el enemigo, y sobrevivir a base de contragolpes, tampoco hubiera podido llevarse a cabo sin resolver las causas políticas (principalmente el aislamiento internacional) que permitieran resolver los problemas técnicos de la organización militar, la instrucción de las fuerzas y los materiales y suministros. Así pues, la política de ofensivas es relevante, agravó la situación militar, pero no fue decisiva, pues lo decisivo fue el aislamiento internacional y la lejanía de la única ayuda material (causas políticas) que impidieron resolver los problemas técnicos (causas militares). Del mismo modo que la URSS, tuvo seis millones de bajas entre el verano y diciembre de 1941, perdió sus mejores cuadros y tropas, y sin embargo, ganó la guerra, pese a sus 20 millones de muertos, porque tenía resueltas las cuestiones aquí enunciadas, buenas relaciones internacionales que le permitían intercambio de mercancías, una probada organización militar, una creciente instrucción adaptada a la guerra moderna y una imparable producción de materiales bélicos.

Afirmaciones:

Segunda afirmación de Blacksmith:

La segunda República fue derrotada políticamente durante el mes de julio de 1936, perdió la oportunidad de ganar militarmente la guerra con la caída del Norte, y perdió la posibilidad de un alto el fuego (tablas) con la conferencia internacional de Múnich en 1938.

Tercera afirmación de Blacksmith:

La capacidad de resistencia del Ejército Popular es la característica más destacada de esta fuerza armada. Esta virtud no esconde la incapacidad ofensiva de esta fuerza.

Primera Conclusión de Blacksmith:

El aislamiento internacional y la lejanía de la única ayuda material (causas políticas) impidieron resolver los problemas técnicos (causas militares).

La derrota del Ejército Popular: Causas militares.

Antes que las causas políticas de la derrota del Ejército Popular, vamos a estudiar las causas militares, decisión que se toma por varios motivos. Primero que nada, las causas políticas de esta derrota militar aparecen al aficionado mucho más difusas y discutibles que las puramente militares que se explican mucho mejor, tácticas, materiales, unidades y soldados son conceptos muy fácilmente entendibles por todos, pero las cuestiones estratégicas, es decir cómo me organizo con lo que tengo, cómo organizo mi retaguardia para abastecer mis fuerzas, cómo organizo el mando de estas fuerzas, qué ideología le suministro a mis soldados, quién me vende los recursos, son cuestiones políticas sujetas, naturalmente, a la innumerable visión de los actores en curso, y lo que es peor, a la indiscutible influencia en las fuerzas armadas republicanas de los agentes que conforman estas fuerzas en el inestable pacto de organizaciones políticas que defienden o dicen defender la II República.

En este análisis, la línea que separa la militar de lo político es muy sensible y sobre todo permeable y se hace bastante difícil precisar. Por ello, iniciaremos el estudio con los tres elementos básicos de toda fuerza armada: *los hombres*, su *instrucción y su moral de combate*, la *organización* (la burocracia militar en todos sus escalones) y sus deficiencias, y el *material para la guerra*, con una previa descripción de los aspectos destacados para centrarnos luego en estos tres elementos en los que el Ejército Popular suspende (en todos) frente a su oponente.

Para empezar y por arriba: la moral combativa de la cúpula militar profesional republicana con mando de tropa era bastante mala, el mismo Miaja, alzado a los altares revolucionarios por la Junta de Defensa de Madrid, era en realidad un general dubitativo y apesadumbrado que jamás enseñó realmente sus cartas. Bueno en la defensa, como lo demostró en Madrid y Valencia, nunca mostró energía cuando se trató de atacar. A los Estados Mayores de los ejércitos republicanos, les pasaba un tanto de lo mismo, algunos buenos profesionales de talante republicano conservador, capaces de diseñar excelentes planes que tenían que ser ejecutados por una tropa en la no confiaban en lo más mínimo, y además rodeados de emboscados y quintacolumnistas, cuando no directamente de futuros traidores, como se demostraría al final de la guerra en el ominoso golpe de Casado.

El Estado Mayor Central, con Vicente Rojo a la cabeza, su personal creación, era muy bueno técnicamente, a inspiración francesa, es decir, búsqueda de la batalla decisiva, pero que como decimos, tenía una cadena de Jefes y Oficiales de Estado Mayor completamente desmoralizada por el voluntarismo desorganizador que el Ejército de la República arrastraba

desde su fundación, y por lo que se ha denominado "lealtad geográfica". A los niveles de División y Brigada, las vacantes de E.M. eran la norma. Muchos Comisarios, ejercían indirectamente de Jefes de Estado Mayor de las Brigadas donde nunca se cubrieron estas vacantes. El grupo de oficiales profesionales leales a la República que conformaron desde el Ministerio de la Guerra, la idea de reconstruir el ejército gubernamental, provenía mayoritariamente de las armas denominadas técnicas, es decir, Ingenieros, Artilleros, Estado Mayor y orden público. La mayor parte de ellos eran "peninsulares" por contra de los rebeldes "africanistas", y en cierto modo conectaban con un pasado militar juntista. Pero fundamentalmente, eran esforzados servidores de la burocracia militar. Así, Alpert, en su estudio de 1974 sobre el Ejército Republicano, llega a afirmar que el ejército resultante de los esfuerzos de Vicente Rojo y sus compañeros, es más que nada un ejército de papel. Esta afirmación trata de explicar que los oficiales del Estado Mayor del Ministerio de la Guerra constituían primero las brigadas sobre el papel y después sobre la realidad, en vez de al revés, crear las brigadas sobre batallones ya constituidos y armados al completo, como hacían los rebeldes. Naturalmente esta jerárquica estructura y su reglamentación, creada a golpe de decretos, sólo existía en su imaginación, pues las columnas seguían siendo columnas por mucho que las agruparan y les cambiaran de nombre. Necesitaban organización, instrucción y materiales para poder considerarse fuerza armada regular. Lo de menos era que el ejército diseñado por las instituciones militares de la República en guerra no tuviera nada de revolucionario en su organización.

Sin embargo, la puesta en marcha de estos planes, aunque fueran rígidos y poco flexibles para la realidad militar del otoño-invierno de 1936, creó un ejército, el Ejército del Centro y su Cuerpo de Madrid, que salvó la capital. Esta victoria defensiva que termina con la batalla de Guadalajara, hizo creer a los dirigentes republicanos que el Ejército Popular estaba en disposición de pasar a la ofensiva, opinión reforzada por la obligación moral de atacar que el gobierno tenía y la urgente y política necesidad de conseguir algún éxito militar que no sólo aliviara la presión rebelde sobre el Norte, sino que legitimara al gobierno en el panorama internacional. Pero la fuerza de choque capaz de realizar esas tareas, empeño personal de Rojo, sólo existía de momento en las cabezas de sus proyectistas ansiosos por poner en marcha futuros y ambiciosos planes (los proyectos "P" y "H") mediante un sólido ejército de maniobra en una acción sorpresiva y decisiva en sectores poco protegidos del frente rebelde. La creación de divisiones regladas emprendida mientras se combatía en el Jarama, no podía ocultar otro defecto estructural del Ejército del Centro: fallaba la unidad básica, las renombradas Brigadas Mixtas, formación táctica republicana, que se ofrecía muy versátil e incluso necesaria al inicio de la guerra, heredera sin duda de las columnas del primer

invierno, pero que, estaba claro, dispersaría los recursos, sobre todo la escasa y variopinta artillería republicana, llenando, además, innecesariamente las plantillas de personal de servicios, más propio de divisiones regladas. Pues las Brigadas Mixtas no eran a las divisiones lo que los acorazados de bolsillo eran a los acorazados. Hubiera sido mucho más eficaz organizar regimientos de infantería, artillería, caballería, tanques, servicios, etc..., como hacían todos los ejércitos del mundo. La escasez de oficiales y suboficiales era otra razón para organizarse en regimientos, aunque muchos oficiales de otras armas hubieran tenido que reconvertirse en oficiales de infantería, lo que en realidad ocurrió así. Y pese a este diseño teórico de brigadas mixtas, la realidad se impuso, así que las Brigadas Mixtas, nunca fueron mixtas, siempre fueron brigadas de infantería con algunos servicios, de normal incompletos. Gente sin fusil, que decía Ciutat. No obstante, el propio Alpert reconoce que la B.M. fue la forma más práctica de pasar de las columnas milicianas a unidades militares regladas, ya que en realidad lo que se hacía era, poner un poco de orden, añadir aquí, quitar allá, eliminar algunos nombres inadecuados y tratar de convencer a los milicianos de que ahora eran soldados, verdaderos soldados del ejército de la República. Y pese a este inicio organizativo poco resolutivo, en la zona Centro, esto fue crucial para resistir las empeñadas ofensivas franquistas contra Madrid. Está descrito por relatores protagonistas que la propia organización en brigadas, elevó la capacidad combativa de sus miembros y en algunos casos elevó también el espíritu de cuerpo y la disciplina. Eso que es tan necesario para sujetar las ganas de salir corriendo en cuanto empiezan a caer las bombas.

En cuanto a los medios acorazados, única arma donde la República tuvo superioridad en cantidad y calidad durante todo el año 1937, no fue su discutible disposición táctica (como tantas veces han dicho los admiradores de la guerra relámpago alemana), el que esta ventaja material no beneficiara militarmente al ejército popular, pues estaba fuera de lugar cualquiera táctica acorazada que no fuera de apoyo a la infantería en esta guerra de pobres que fue la guerra civil. No, no fue el uso tácticamente primitivo de los medios acorazados (visto desde la perspectiva de la segunda guerra mundial), fueron otras cuestiones las que impidieron la explotación de esta superioridad armamentística (probablemente la única). Para empezar, la independencia táctica de estas unidades irritaba a la infantería. (Aunque en cierto modo no le faltaba razón a los rusos por sus reticencias a ceder el control dada la inexperiencia española). Se sabe de casos donde los mandos españoles tuvieron que solicitar el apoyo blindado vía Partido Comunista. Esto hacía muy difícil la, ya de por sí dificultosa, compenetración entre la infantería y los tanques. Para empezar no compartían entrenamiento, cuando se encontraban era para combatir. En la guerra moderna, una infantería sin experiencia en asaltos blindados es una infantería coja, y viceversa. A mayor

abundamiento, cuando las tripulaciones de las unidades blindadas fueron completamente españolas, y esta compenetración era orgánicamente más fácil, el rendimiento, no obstante, de los medios acorazados bajó como se demostró en Teruel. De modo que las tácticas para avances de infantería con apoyo de carros, no ya la "guerra celere", fueron escasas, pues no había unidades de infantería con verdadera instrucción para la guerra mecanizada. Y a todo lo más que el E.M. se atrevió es a avances rápidos motorizados, una especie de grupo de combate blindado con infantería en camiones, naturalmente siguiendo el eje de las carreteras. Se intentaron un par de veces y no dieron buenos resultados.

En una ocasión, se intentó la táctica rusa de jinetes de carros con muy malos resultados. Se trataba del ataque rápido sobre Zaragoza del 20 de septiembre de 1937. Hay evidencias de que fue una idea rusa, que Prieto la autorizó y que Rojo, a la expectativa, no puso objeciones. Se le dio el mando del grupo de combate al coronel Casado que era de caballería, y no se puede descartar que fuera un regalo envenenado que ninguno de los líderes militares del V Cuerpo quiso. Los tanques, BT-5 rusos, eran nuevos para sus tripulantes, y los infantes eran soldados novatos del batallón Spanish de las Brigadas Internacionales. Y el terreno el menos propicio para las estrechas cadenas de estos tanques, lanzados al galope y cargados de improvisados y asustados jinetes de carros. La artillería pesada rebelde en ausencia absoluta de aviación táctica republicana que se lo impidiese destruyó más de la mitad de los carros rápidos de caballería, los BT-5, mal llamados en España carros pesados.

¿Por qué se emprendió una acción tan reducida, evidentemente destinada al fracaso, derrochando un arma tan rápida, de la que no se tenía ninguna experiencia en el Ejército Popular? ¿Por qué se lanzó un ataque frontal, en vez de flanquear, que es lo que hacen los tanques cuando la posición enemiga es muy fuerte? Probablemente porque les daba igual a los rusos. Se quería probar el carro a gran velocidad bajo fuego de artillería y con soldados a la grupa. Cierto o no, este es un ejemplo palmario aunque a pequeña escala de las dificultades políticas añadidas a las bélicas, a las que se enfrentaba el Ejército Popular.

Aunque todo no fueron defectos. Los republicanos aprendieron muy pronto a usarlos para proteger sus retiradas, como los alemanes en 1944 con sus Tigres en emboscada. Puede decirse que las unidades blindadas republicanas salvaron a la infantería en numerosas ocasiones. En el desastre de marzo de 1.938, como por cierto ya había sucedido en el Jarama y en Guadalajara, los tanques y las Brigadas Internacionales cubrieron el papel de vanguardia en retirada.

De modo que los medios acorazados republicanos paliaron en cierto modo los defectos de la infantería pero nunca fueron significativos ni decisivos, siendo en realidad un arma

independiente para el apoyo de las divisiones republicanas. Rojo, que era un organizador nato, no destaca en ninguno de sus escritos por su afición a las entonces muy en boga en Europa, maniobras acorazadas (teóricas, claro). Y puso a los carros republicanos en el papel tradicional de apoyo a la infantería.

Pero ni siquiera los organizadores militares republicanos, teniendo en línea más de 100 excelentes tanques durante todo el año 1937, creyeron conveniente organizar batallones mecanizados de 20 carros y orgánicamente integrados en las divisiones de choque del Cuerpo de Maniobra (la 11 "Lister", la 46 "El Campesino", y las 35 y 45 Internacionales, por ejemplo) en vez de las unidades administrativas donde se encuadraban los tanques. Tampoco consideraron crear una única brigada mecanizada preparada para el combate e integrada en el Cuerpo de Ejército de Maniobra. Está claro que transportes acorazados de personal no existían, y que la mecanización de la infantería, como mucho, habría que ser hecha a base de camiones protegidos, pero ni así, la escasez de camiones era crónica en el Ejército Popular, más todavía con el caótico e intratable Servicio de Transportes.

¿Qué les quedaba, entonces? Quizá lo único que les quedaba era precisamente la técnica rusa de jinetes de carros, que tan malos resultados dio con los BT-5 en la segunda ofensiva sobre Zaragoza, como ya hemos señalado. Este resultado hizo inviable esta técnica, pero es que era imposible en un ejército que sólo tenía 100 carros ligeros. A los rusos les funcionó a partir del segundo año de guerra porque agrupaban centenares de carros a la carga con miles de soldados dispuestos a vivir quince días como mucho, a lomos de los rápidos y maniobreros T-34. Me imagino cuantos jinetes morirían no por fuego enemigo, sino por accidentes. Así que los mandos de grandes unidades republicanas usaron los tanques T-26, con poca imaginación en la ofensiva, pero aceptable en términos realísticos (lo que había) y bastante mejor en la defensiva, protegiendo el ejército en retirada.

Los rebeldes fueron más realistas con el tipo de material blindado de que disponían. En campaña no dispersaban sus pequeñas, pero ágiles, unidades blindadas, las integraron perfectamente en sus cuerpos de ejército, pese a que seguían siendo tanques en vanguardia de infantería, pero en este caso, como punta de ataque con autonomía como unidad. Rompían el frente, y si conquistaban, esperaban a la infantería para asegurar, y vuelta a empezar, todo ello bien coordinado con la artillería y la aviación táctica, única manera de que pequeñas unidades blindadas pudieran avanzar sin el apoyo de la infantería. Esto no lo podían hacer fácilmente los republicanos sin aviación que neutralizara la artillería enemiga. No quiere esto decir que siempre les funcionara a los rebeldes esta táctica, sobre todo a los

italianos, pero desde luego era un grado de organización del uso de los medios acorazados muy adecuado a la guerra de pobres que fue la guerra de España.

Señalaremos también otros puntos de los graves defectos estructurales de las fuerzas armadas de la República. Primero, el hecho disparatado, de que el Servicio de Transporte no estuviera bajo control directo del E.M. hasta poco antes del final de la guerra. Aspecto, sin duda, relacionado con la negativa del Gobierno a declarar el Estado de Guerra, que en una España muy profundamente antimilitarista, hubiera dado a los Jefes de los Ejércitos inmensas prerrogativas, pero que, indudablemente, entorpecían hasta la desesperación, la labor organizativa, formativa y logística de Vicente Rojo y sus compañeros³. Otro más, y muy importante, la dificultad que tenía el Ejército Popular para conseguir el apoyo del arma aérea en el decisivo papel de artillería aérea que tan bien usaron alemanes e italianos en nuestra guerra. Es cierto que las Fuerzas Aéreas republicanas acometieron infinidad de misiones de bombardeo táctico en apoyo de las fuerzas terrestres, pero la coordinación, la oportunidad, y la masa aérea necesaria para estas misiones siempre fueron insuficientes si exceptuamos Guadalajara, donde los aeropuertos de tierra rebeldes se encontraban anegados imposibilitando el vuelo. Las Fuerzas Aéreas no dependían directamente de Rojo, aunque este fuera Jefe del Estado Mayor Central, y por ende no sólo fuera el jefe del Estado Mayor del Ejército de Tierra, sino que lo era también del E.M. de la Flota y del E.M. del Aire. Nunca nadie durante la Guerra Civil, tuvo en el territorio de la II República el mando completo de los cinco ejércitos: Tierra, Aire, Mar, Carabineros y Cuerpo de Seguridad.

La mala organización y dotación inicial de muchas unidades, especialmente en el Frente del Norte, del Este y del Sur, se entiende rápido por varias razones: La primera es que el gobierno dedicaba menos esfuerzo a su encuadramiento y dotación por motivos evidentes: Las fuerzas estaban lejos del alcance de los suministros del gobierno y había serios problemas por el control de las unidades con los nacionalistas y con los anarquistas. A este respecto son paradigmáticas las quejas anarquistas del frente del Este sobre la cicatería del gobierno a la hora de dotarles, pero a la vez ponían todos los impedimentos del mundo para militarizarse, es decir, ponerse a disposición del mando. Otra razón es porque eran fuerzas poco fogueadas que no le habían visto la cara al enemigo de verdad, lo que no les obligaba a encarar la organización de la fuerza armada con realismo.

En el frente del Norte el provincianismo es especialmente dañino en esta relación entre el poder central y el gobierno de Euskadi, el Consejo de Santander y Burgos, y el Consejo de

³-Casado es un palmario ejemplo de lo que pasa cuando se le da el poder a los militares.

Asturias, León y Palencia. No sólo estos tres centros de poder no se unieron políticamente sino que ignoraron los mandos y las instrucciones del gobierno. En Málaga la desorganización rayaba la esquizofrenia. En el frente de Aragón, las fuerzas catalanas, detenidas en seco por unas eficaces pero no mejor armadas ni numerosas fuerzas rebeldes, hibernaban en el mejor de los revolucionarios mundos con iniciativas tan desleales como el Ejército de Cataluña.

En cuanto a los mandos profesionales, muchos de ellos de poca combatividad y los de milicias, la mayoría con dificultades técnicas para llevar el mando, más la escasez y poca preparación de los suboficiales en general, encontramos que estos aspectos socio-políticos son determinantes. La mayoría del personal del Ejército Popular, eran ciudadanos en armas con gran vocación antimilitarista. ¿Dónde estaban los técnicos militares que tenían que instruir individual y colectivamente en las nuevas armas y tácticas a la masa voluntaria y prontamente de leva del Ejército Popular en el otoño de 1936? En ningún sitio, no existían, ¡perdón! en septiembre vinieron unos pocos, (menos de mil al mismo tiempo en toda la guerra), eran rusos y no hablaban español., y tocaban a un traductor para cada 20. Encima, la apremiante situación militar les obligó a combatir en primera línea, cual es el caso de los tanquistas rusos. Si a esto añadimos el punto anterior, juzgue el lector el meritorio esfuerzo del Ejército del Centro.

Hemos señalado al lector algunos defectos evidentes para que nos ayuden a sintetizar, a agrupar estas causas difusas e inconexas en postulados verosímiles para un mejor entendimiento. Todos los escritores republicanos que del Ejército Popular se han ocupado, se quejan principalmente de tres cosas:

- Del poco y mal armamento
- De la mala organización de muchas unidades
- De los improvisados mandos, oficiales y suboficiales

Alaban por el contrario:

- La férrea voluntad de luchar del soldado de primera línea
- Su paciencia tras meses y meses de campaña y sin rotaciones
- La calidad de algunos servicios de retaguardia, Sanitarios (Servicio de Sanidad del Ejército), las Maestranzas de artillería (los COPA), y las magníficas unidades de zapadores e ingenieros (los COPI), amén de los centros de instrucción de tropa (los CRIM).

Durante mucho tiempo, y por efecto de los historiadores franquistas, estas quejas fueron menospreciadas e incluso ridiculizadas, como en el caso de Salas Larrazabal y su monumental obra al caso. Los estudios de probados historiadores que el lector puede encontrar en

nuestras páginas referentes a la cuestión material y armamentística del Ejército Popular, dan la razón a quienes se quejaban del poco material y de su excesiva variedad.

Y así, resumiendo, los factores militares que influyeron en la derrota puramente militar (si es que es del todo correcto para un análisis objetivo, separar la derrota política de la militar), son principalmente:

La cuestión material:

Rebeldes: Mejor material, un poco menos variado, bastante más abundante, y mejores líneas de suministro con las fuentes suministradoras, destacando la superioridad cuali y cuanti en artillería y medios aéreos, este último, decisivo. Puede profundizar en este tema en nuestras páginas de Armas.

Gubernamentales: Todos los materiales de origen ruso, pero en especial los aviones fueron recibidos mayoritariamente desde septiembre hasta junio de 1937, quedando el año 1938, (hasta junio), como un periodo negro de los envíos rusos, en parte por el eficiente bloqueo italo-germano-rebelde, que obligaba a los envíos por tierra, y en menor parte por las encrucijadas políticas de la ayuda militar rusa para con la República española y su prima hermana la política de No Intervención de Inglaterra y Francia.

Así, desgraciadamente, la primera mitad del año 1938, el periodo más decisivo militarmente, quedó condicionado por la general escasez de armas y repuestos en todos los parques de todas las fuerzas armadas republicanas. Para señalar esta precariedad, consignamos que desde 1936 al verano de 1937 se recibieron 475 aviones rusos de varios tipos, por 152 en 1938 y 31 en 1939 (los "super chatos" que apenas intervinieron en acciones). Lo mismo ocurre con la artillería rusa, 853 piezas en 1936-1937 (incluimos los lanzaminas), por 469 en 1938, y 3 en 1939. En cuantos a los carros, la cosa es aún peor, en 1936-1937, llegaron 306 carros (T-26 y BT-5), por 25 T-26 en 1938 y ninguno en 1939. Esta desigual afluencia de materiales, especialmente precaria cuando a la República le iba muy mal militarmente, tuvo que influir negativamente en la fortuna de sus fuerzas armadas, y es un aspecto militar muy poco señalado por los historiadores, con excepciones como Howson, cuya explicación de esta sequía de material para el año 38 (Armas para España, pág. 330) explica perfectamente las dificultades de las rutas mediterráneas durante la segunda mitad del año 1936, su sustitución por las rutas báltico-atlántica-mediterráneas durante la primera mitad de 1937, y ante la imposibilidad de convoyes navales en el Mediterráneo debido a la plena participación de la Regia Marina en el hundimiento y captura de navíos con cargamentos para la República, la búsqueda de rutas terrestres a partir de agosto de 1937.

Esto fue tan decisivo como la dispersión de modelos y la mala calidad del material recibido en la primera hora de la guerra, mayoritariamente vía SEPEWE (Organismo polaco para la exportación de Armas) y también en envíos de origen sudamericano. Se explica así, también, el denodado esfuerzo republicano por producir y reparar todo tipo de materiales.

Para explicar las desastrosas retiradas de marzo en el frente del Este, la mayoría de los autores aducen las graves pérdidas humanas de la batalla de Teruel, y sobre todo la creciente desmoralización del ejército, todo ello es cierto, pero para mí, más evidente que las dos causas anteriores, es la falta de materiales de guerra. El Ejército Popular y las Fuerzas Aéreas se encontraron en esas fechas desprovistos de todo, excepto de carros T-26 y cazas Chatos, dos buenas armas pero que no podían cubrir las carencias artilleras, de ametralladoras, de fusiles incluso, y sobre todo de municiones.

Durante la batalla del Ebro se produjeron los mayores combates aéreos de toda la guerra, con participación de todos los aviones de primera línea, es decir, los rusos. Las pérdidas para la fuerza aérea fueron muy elevadas, comenzando así el principio del fin de las escuadrillas dotadas del I-16. Las escuadrillas de I-15 todavía sobrevivieron un poco más, debido a las aportaciones de las fábricas. Pero, prácticamente, ya no había nada para frenar a los Me-109. Era el principio del fin para "La Gloriosa"

La cuestión organizativa:

Rebeldes: mejor organización. Las unidades se forman cuando ya están dotadas de hombres instruidos y de material homogéneo. Su unidad comodín es el batallón, con una dotación de 800 hombres y con la tradicional organización del ejército español.

Por contra, gubernamentales: las unidades se forman sobre el papel con hombres peor instruidos y con material más dispar que depende de los stocks de las maestranzas en cada época.

La organización inicial: Ejército profesional versus ejército de milicianos.

El ejército rebelde es inicialmente un ejército profesional más o menos baqueteado según unidades, con buena disciplina, material adecuado aunque inicialmente también dispar, logística suficiente y políticamente controlado. Sus fuerzas de choque, mayoritariamente extranjeras o de voluntarios altamente ideologizados no tienen parangón en el contrario. Las unidades de leva, salvo excepciones, no combatieron y aunque fueron mayoritariamente unidades de primera línea, la parte dura la llevaron a cabo, los moros, los italianos, el

requeté, y algunos batallones (banderas) de Falange. En cualquier momento, Franco dispuso de más de cien mil soldados en sus unidades de choque. La mayoría mercenarios y extranjeros. Esto no había quien lo superara. Disponían tempranamente de un líder político, Franco, y un Estado Mayor, "Terminus", eficiente aunque gris, como el propio Franco. Su organización fue la tradicional reformada del ejército español y se caracteriza por su flexibilidad operativa, es decir las pequeñas unidades se integran con facilidad en las grandes porque ambos tipos de unidades están diseñadas para ello. Es la adaptación táctica de la guerra de África al escenario estratégico de la guerra de España.

El Ejército Popular basaba su organización en las Brigadas Mixtas, que como vimos, fue una manera rápida de integrar columnas de milicianos a unidades regladas. Las Brigadas Mixtas estaban teóricamente compuestas de cuatro batallones, una batería de artillería ligera o de acompañamiento de infantería, una sección o escuadrón de caballería y los servicios logísticos. En la realidad, la batería era una sección, la sección de caballería brillaba por su ausencia, los servicios logísticos estaban en cuadro y las plazas de E.M. solían estar vacantes, y los servicios logísticos con escaso personal capacitado, en especial las transmisiones, basadas en teléfonos de campaña y los enlaces (motoristas, caballistas o a pie). La brigada contaba, también en teoría con una compañía de ametralladoras, que se dotaba con las máquinas heredadas de las columnas, lo que las hacía muy dispares. Otro punto débil fueron siempre los morteros, en especial los de calibres mayores. Tres Brigadas Mixtas formaban la División de Maniobra (pero había muchas con dos, a una fecha tan avanzada como diciembre de 1937). El E.M. de la división también era escaso y con numerosas vacantes. Así que la división con 12 batallones, de 20 a 25 morteros de entre 50-81 mm., una veintena de piezas de 75 mm.(siete y medio) y algunos obuses ligeros, un escuadrón de caballería (la más de las veces una sección), una batallón especial (ametralladoras) a veces, puede que una compañía de Servicios Especiales (guerrilleros y exploradores), y los servicios logísticos. La división era débil en potencia de fuego, en medios de maniobra, en medios antiaéreos, y en medios de enlace. Todo esto se paliaba un poco en las divisiones que formaron el Ejército de Maniobra creado por Rojo, pero a esta fecha, diciembre de 1937 todavía muchas de las citadas divisiones estaban en formación o con dotaciones de personal y material incompletas. Y por cierto, la creación del Ejército de Maniobra dejó exhaustos los parques y almacenes del Ejército Popular.

A este respecto el oficial de Estado Mayor Francisco Ciutat de Miguel manifiesta en "Relatos y reflexiones en la Guerra de España" unas opiniones que no compartimos enteramente. Si el lector las ha leído, observara que Ciutat considera a la Brigada Mixta, la "pequeña gran unidad" republicana, es decir, militarmente hablando, el regimiento, pero las

B.M. eran mucha cosa para ser regimiento y poca cosa para ser Divisiones, el espacio táctico de la B.M. republicana era en realidad el espacio de lo que se ha denominado siempre Media Brigada en otros ejércitos europeos, que son las utilidades tácticas de un regimiento en presencia de grandes escenarios. Algo así le pasaba tradicionalmente al ejército ruso (rojo o zarista) donde las inmensidades hacían necesarias agrupaciones tácticas menores a todos los niveles, desde el regimiento al Ejército. Y lo mismo les ocurrió a los alemanes, que con buen criterio desdoblaron sus divisiones para manejarlas mejor en el frente ruso. Dicho de otra manera, haz lo mismo con un poco menos, que hay mucho frente que cubrir.

Afirma también Ciutat, que eran fáciles de manejar, dato con el que tampoco estamos muy de acuerdo, pese al bagaje de E.M. de Ciutat. Eran fáciles de manejar porque se les exigía muy poco. No se les exigía iniciativa, ni audacia, ni guerra mecanizada, ni nada parecido. Eran infantería agrupada, batallones agrupados, malamente dotados de fuego automático y de capacidad artillera y con una muy mala relación entre personal y armas largas. Ciutat se conforma con 1500 fusiles para 3000 hombres. Un fusil para cada dos. Si como mucho mantenemos 500 hombres en las otras armas de la brigada, artillería, plana mayor, servicios, sanidad, pagaduría, etc..., otros 400 como mucho, servidores de ametralladoras, morteros y fusiles ametralladores. Nos faltan casi 600 hombres que no sabemos lo que hacen, desde luego no combaten, pues no tienen fusil.

Lo que parece más que evidente es que se adaptó la organización de la Brigada Mixta a las columnas milicianas. ¿y fue esto un acierto? En principio sí, dado que se trataba de militarizar, regularizar los Ejércitos de Milicianos que en la zona republicana campaban, con el menor trauma, organizativo y sobre todo político. En la realidad, las Brigadas Mixtas se fueron adaptando poco a poco a la realidad perdiendo efectivos no combatientes y servicios duplicados en la división. Pero siempre tuvieron una organización sobre el papel, sobre dotada de servicios.

Otro interesante aspecto señalado por Ciutat en la obra citada y también por otros autores, es la masa de hombres dedicada a cubrir frentes en uno y otro bando. Hablamos de Noviembre de 1937, cuando el frente Norte ha desaparecido. El siguiente cuadro del mismo autor ilustra bien la cuestión:

Frente	Divisiones República	Divisiones franquistas
Cataluña	7 del Ejército del Este	4-5
Levante	5 del Ejército de Levante	2-3
Centro	17 del Ejército del Centro	12-13
Extremadura	5-6 del Ejército de Extremadura	2-3
Andalucía	5-6 del Ejército de Andalucía	5-6
Total frentes	39-40	unas 30
Reservas	13 Ejército Maniobra, 24 B.M. con 136 batallones.	Más de 20 de los Cuerpos de Navarra, Galicia, Castilla, Marroquí y CTV, con 240 batallones y 1 división de Caballería
Total	52-53	Más de 50
Organizándose	5 a 6	3 a 5

El mando franquista cubría sus frentes con el 60% de sus fuerzas, reservando el 40% como fuerza de maniobra. Esta estrategia, que en general le dio buenos resultados, indicaba un alto grado de confianza en sus unidades estáticas, lo que no siempre fue así, pero que en general, como decimos, le fue beneficioso. Otro aspecto a señalar, es que las divisiones franquistas, a 12 batallones igualmente, tenían más potencia de fuego que las gubernamentales, fundamental para poder rechazar un posible ataque y esperar refuerzos.

El mando republicano tenía el línea el 75% de sus fuerzas y sólo un 25% como fuerza de maniobra. El análisis del por qué, es aquí bastante más complejo. Para empezar, las divisiones como ya se ha dicho eran más débiles. El Ejército del Centro, herencia de las más importante campaña sufrida por las fuerzas republicanas, estaba sobre dotado, y Miaja, su comandante, era especialmente reacio a ceder fuerzas, lo que pone en evidencia una de las tesis de esta introducción, y es que Rojo no era el comandante en Jefe, y los Altos Mandos republicanos tenían libertad, y protección política, para discutir todo tipo de órdenes al EMC, lo que en el bando contrario hubiera sido inconcebible. Además, el Ejército Popular era una fuerza predominantemente defensiva, atrincherada y muy comúnmente con escasa potencia de fuego. Pero añadiremos, y por contra del ejército rebelde, que el Alto mando, no tenía mucha confianza en sus fuerzas estáticas y que tendía a reforzar los frentes.

Este aspecto es también un error organizativo del Ejército Popular que haría su crisis poco después, en Teruel, y quedaría terriblemente en evidencia en la primavera de 1938,

cuando Rojo se vio incapaz de detener la avalancha franquista, mientras Miaja le enviaba refuerzos a cuenta gotas y a regañadientes.

La cuestión de la instrucción:

Rebeldes: Mucha mejor instrucción individual y de unidad. La artillería y los tanques rebeldes reciben instrucción extranjera con buenos instructores e intérpretes. La infantería tiene una base de oficiales profesionales con experiencia. Las academias de oficiales provisionales son buenas para lo que se busca, oficiales motivados, políticamente fiables, decididos a atacar y que aprenderán de sus compañeros profesionales o morirán. En la zona rebelde se decía al respecto: "alférez provisional, cadáver efectivo"...

Gubernamentales: Los instructores de las armas modernas son principalmente rusos sin apenas intérpretes y las más de las veces deben además combatir por falta de personal experto nativo. Este aspecto fundamental de todo ejército fue mal encarado por el Ministerio y la Subsecretaria correspondiente. Centenares de militares profesionales fueron destinados a las Escuelas Populares de Guerra. Los puestos de retaguardia estaban muy cotizados por los militares profesionales denominados, "leales geográficos", es decir que combatían por la República porque no les quedaba más remedio, por miedo, desafecto o lo que fuera. La vida cuartelera de retaguardia les venía al pelo para medrar y esperar tiempos mejores. Allí y según la guerra se perdía se puede uno imaginar la instrucción y la moral que infundieron, siendo muchos de ellos emboscados, secretamente desafectos. En los CRIM y en las Escuelas Populares de Guerra, se enseñaba orden cerrado, uso del armamento del infante y orden abierto, en los primeros, y además, teórica y práctica de la guerra moderna en las segundas. Pero la guerra moderna que se enseñaba no pasaba de las lecciones de la Gran Guerra sacadas de los manuales franceses por los autores españoles.

Como se queja Líster, muy pocos había entendido las características del Ejército Popular y menos de sus fuerzas de choque. Se trataba de un ejército de ciudadanos, voluntarios o de leva, pero que detestaban el ejército y el obligado servicio militar, y que combatían en unidades políticas con oficiales políticos por la defensa de la República. Si bien Lister, obvia, que este Ejército Rojo en ciernes, se limitaba en realidad al Ejército del Ebro, momento de su mayor organización y disciplina.

Las escuelas de oficiales y suboficiales, tenientes y sargentos en Campaña, no dieron todo el resultado deseado, por dos motivos, lo anticuado de sus enseñanzas regladas, como decimos y por el segundo y sencillo motivo de que una vez en línea, sus superiores, mayoritariamente mayores de milicias, se encontraban en la misma tesitura que los recién

graduados, habían aprendido sobre la marcha. Y si se trataba de profesionales recién incorporados, tendían a mirarse mutuamente con desdén dentro del variado mundo de la oficialidad republicana, donde coexistían cuatro tipos de oficiales: de Carrera, de Complemento (ambas anteriores a la guerra), de Milicias y de Campaña. Y lo mismo pasaba con los suboficiales.

Pero es que además los militares republicanos profesionales leales verdaderamente capaces no mandaban batallones, mandaban divisiones y cuerpos de ejército. Por tanto, una vez que las Escuelas Populares de Guerra habían dotado a los alumnos oficiales de una base suficiente para aprender verdaderamente en el frente, como en todos los ejércitos del mundo, a la hora de la verdad, los bisoños oficiales y suboficiales, ¿aprender de quién? Y cuando uno es oficial novato y le falta el bagaje de combate tiende a suplirlo con un maldito ordenancismo, pesadilla de los soldados de primera línea, refugio de quintacolumnistas y emboscados y una lacra más numerosa de lo que se cree en el Ejército Popular según decenas de testimonios. Y así, la peor formación de los oficiales y suboficiales del Ejército Popular explica el que en sus ataques sorpresa, la vanguardia perdiera muy a menudo el enlace con sus puestos de mando, haciendo a las unidades incapaces de explotar el éxito inicial de sus ataques, pues la iniciativa táctica brillaba por su ausencia. Peor, las cabezas del ejército, conscientes de lo que había, no la fomentaban en absoluto.

Otras causas: Algunos autores añaden a estas causas, otras que nosotros consideramos aspectos menores de la derrota militar, como son la **creciente desmoralización** del Ejército Popular desde Teruel, pero que queda en parte desmentida por la evidencia de que no se produce **disolución** en el Ejército Popular hasta diciembre del 39. También **la creciente división** y encono en el Cuerpo de Comisarios y la desgana de la oficialidad antinegrinista. Indudablemente esto tuvo que afectar sobre todo al Ejército del Centro, el feudo de Miaja, Casado y Matallana, pero todavía en Enero de 1939 estas fuerzas atacan en Extremadura con buenos resultados iniciales pese a los descarados sabotajes de oficiales de los Estados Mayores, y de los desplantes que Miaja le hizo a Rojo en los intentos sucesivos de afrontar el afamado plan "P" para partir en dos por Extremadura la zona rebelde. Y una final, la presencia, también creciente de una **Quinta Columna** cada vez más descarada, que aprovecha hasta el límite la discrepancia con el Estado Mayor (con Rojo, en definitiva) de miembros destacados del Ejército (como Perea, Casado y Pérez Salas) y que se confunde a veces con la mera traición. No creemos que la Quinta Columna fuera en absoluto decisiva pese a sus éxitos en Madrid y Cartagena, pues en todo conflicto, la derrota siempre se acompaña de este fenómeno quintacolumnista.

Resumimos:

El ejército republicano es un ejército de papel de oficina, creado a golpe de decreto a partir de voluntarios altamente motivados y ciudadanos de reemplazo de mucha menor motivación, aunque, eso sí, todos antimilitaristas.

El material es dispar y no se cuenta con suficientes especialistas para su manejo. Los suministros vienen de muy lejos y de forma discontinua. El ejército no tiene ideología propia ni líder militar. El Estado Mayor no confía en la mayoría de las unidades a las que mantiene estáticas, bajas de dotación y medios, consumiéndose en las trincheras meses y meses.

El Estado Mayor ha creado una élite militar (el V y el XV cuerpos, más tarde, el Ejército de Maniobra) a partir de unidades internacionales y de las de probada fidelidad política que son las que usa ofensiva tras ofensiva y cuyas bajas se cubren con reemplazos de los CRIM, sin poder esperar a una instrucción avanzada y sin poder, también, por las protestas generalizadas, trasladar personal veterano de otros frentes en disposición estática. La consecuencia directa de estos dos aspectos son la desmoralización progresiva de las unidades que viven permanentemente en instalaciones precarias o directamente en las trincheras y el afianzamiento elitista de las unidades de maniobra o choque. Cuando se mezclaban en batalla unas unidades con otras los resultados solían ser muy descorazonadores, como ocurrió en Teruel. De nada sirve que una unidad aguante lo indecible si en los flancos se produce una desbandada que hará inevitable la retirada general.

Pero a la larga, esta diferencia de calidad y de uso continuado en combate de las mismas unidades también produce desmoralización, como les ocurrió a los internacionales en alguna ocasión. Así que un largo frente de unidades poco fogueadas y bajas de dotación y material, y una élite de maniobra que no tiene relevo posible de la misma calidad. Esto es Brunete, Belchite, Teruel, el Ebro. El lector puede opinar que esto ocurre en todas las guerras de frentes extensos. Sí, pero la diferencia es la dotación y la organización de las unidades estáticas suficiente para resistir el primer embate de la ofensiva enemiga hasta la llegada de refuerzos de calidad. Y esto lo hacían los rebeldes muy bien, como demostraron. A los republicanos, ni su organización ni sus materiales le llegaron nunca para eso.

Los elementos a juzgar:

De los oficiales:

Por lo que respecta a los Jefes y Oficiales con mando de tropa, los había de muchas y variadas clases: de milicias, es decir, no profesionales, en general radicales políticamente y con poca instrucción militar, si bien, varios de ellos se mostraron excelentes, incluso hasta el nivel de Ejército y Cuerpo de Ejército, como es el caso de Modesto y el sorprendente Tagüeña. Otros, menos exitosos, pero arrojados y temperamentales, como Líster, Mera y Valentín González, ofrecieron tonos de fuertes claros y oscuros, aderezados de cierta indisciplina. Y otros muchos fueron más discretos que los anteriores pero cumplieron eficazmente, sus misiones, como Vega, Toral, Merino, Durán, Vivancos, etc...

De los profesionales poco hay que decir, si estaban políticamente convencidos, tendían a comportarse como sus compañeros de milicias, y todos ascendieron rápidamente, siendo Galán el mejor exponente de todos ellos, el resto, lo llevaba con resignación y probablemente, muchos, con el corazón partido, estuvieran movilizados o en la reserva activa. El gobierno nunca se fió mucho de ellos, y no era raro que se pasaran al enemigo. La masa de oficiales profesionales al servicio de la República no fue muy cuantiosa, alrededor de tres mil oficiales sirvieron en el Ejército Popular según Salas aunque una gran parte de ellos en puestos burocráticos. Pocos comprendieron en qué tipo de ejército servían y nunca se encontraron cómodos con las fuertes características políticas del Ejército Popular, como afirma Líster en "Memorias de un luchador". El Gabinete de Control, organismo regido por el fundador de la UMRA, el teniente coronel Eleuterio Díaz Tendero, asesinado en Mauthausen por los nazis, se hartó de señalar a los emboscados y traidores que medraban en las unidades del Ejército Popular y sobre todo en el Estado Mayor del Grupo de Ejércitos Centro-Sur. La Presidencia del gobierno, lo sabía, Largo, Prieto y Negrín eran más o menos conscientes de este hecho. Largo, con Asensio, que protegía a sus compañeros profesionales en apuros, Prieto, igual, pero más preocupado por la influencia del PCE en el Ejército popular, que por la desafección militar, y Negrín, con una República gravemente herida militar y políticamente, no se podía permitir la crisis política que supondría cesar a Miaja, a Matallana, a Casado a Garijo, a Muedra, a Viñals, oficiales y mandos desafectos, todos ellos de Ejércitos y Estados Mayores en Madrid y Valencia. En el caso de Negrín es doblemente doloroso, pues tampoco se podía permitir políticamente darle todo el poder militar a Vicente Rojo, si no cesaba previamente a los anteriores citados.

Los Comisarios Políticos:

Los proyectistas del Ejército Popular no tuvieron más remedio que asumir, seguramente de mala gana, una realidad incontestable: todas las columnas milicianas tenían doble mando, uno militar, normalmente entregado por la organización patrocinadora de la columna, a un militar simpatizante, y otro político, que no tenía por qué basarse en una sola persona (los responsables o delegados políticos), si no que partía del patrocinio de los partidos, sindicatos y otras organizaciones a los batallones de milicianos donde se incorporaban voluntarios normalmente de la misma ideología que el patrocinador y cuyo papel, amén de atender la logística, servía de colchón entre los voluntarios, con su inveterada desconfianza de los oficiales, y el mando militar. Pero fueron los comunistas con su Quinto Regimiento los que trajeron a colación la figura soviética del Comisario Político de unidad militar a principios de otoño de 1936 para oficializar y personalizar lo que era una realidad en los batallones milicianos de todos los partidos y sindicatos. En las unidades organizadas por el 5º Regimiento, el Comisario Político fue el agente animador, el vigilante ojo del partido, y la sombra del comandante, pero también eficaces en la resolución de problemas cotidianos que ampliaban el margen de maniobra del mando militar, tanto como para hacer viable el doble mando. En el resto de las unidades milicianas, esto no estaba tan claro, muchas veces, mando militar y político confluían en una sola persona, o en varias (Comité de Milicias) como era el caso de los anarquistas en Aragón. En algunas otras unidades de milicias parecía que sólo existía mando militar, pero la subordinación política se hacía de otras maneras, comités, cuarteles, suministros, etc... Así que el nacimiento del Ejército Popular regló la figura del Comisario Político por dos razones, porque esa figura ya existía realmente y quienes apoyaban la militarización así lo querían (si bien la iniciativa y el desarrollo de la normativa no fue iniciativa comunista), y porque, siendo el Comisario el dirigente del Comité de Milicias, la única manera de disciplinar los comités y de paso a todos los milicianos, era controlando a los comisarios que los dirigían. De modo que el Comisariado de Guerra nació para disciplinar a las milicias, reconocimiento del estado Mayor de Ministerio de la Guerra y del gobierno de Largo Caballero de la necesidad de militarizar el heterogéneo e irregular ejército al que de alguna forma le alcanzaba la disciplina al gobierno legal. El Comisariado de Guerra es indisoluble del Ejército Popular y no se puede entender uno sin el otro, su papel en las duras batallas y campañas que sufrió el Ejército Popular es decisivo, y aunque hay excepciones, fue beneficioso para las unidades en disposición de combatir, que es donde tenía realmente influencia el Comisariado. La fuerza que inició la batalla del Ebro, mezcla de veteranos de todas las campañas y reclutas catalanes altamente motivados, es obra del Comisariado de Guerra. La incapacidad de los historiadores franquistas para explicar sin argucias lo que les

costó derrotar a un ejército de "milicianos mandados por rusos" parte precisamente de su incapacidad para entender el papel que en el Ejército Popular jugaba el Comisariado de Guerra, al que ven como un defecto o lastre para el ejército, sin comprender que no había otra forma de mandar a los republicanos en armas en un nuevo ejército que nacía sobre una base social revolucionaria.

El Comisariado tuvo sus problemas como todo el Ejército Popular. Al ser nombrados por el Ministerio, que debía hacer encaje de bolillos para contentar a todos los partidos del Frente Popular, las injusticias supuestas o reales, estuvieron a la orden del día, aunque quienes más se quejaron fueron los anarquistas y los largo-caballeristas (una vez que dejaron el poder). La queja más corriente era el proselitismo político en las unidades mandadas por comunistas. Hay un informe famoso del Comisario Piñuelas, ya bien entrada la guerra que relata claramente muchos casos de esto por parte de Comisarios comunistas. Probablemente era cierto, pero igualmente cierto era que anarquistas y socialistas de todo tipo hacían lo mismo en sus unidades⁴. De lo que se quejaba en realidad Piñuelas era de lo eficaces que eran los comunistas en esta tarea, métodos y amenazas aparte. ¿Era beneficioso este proselitismo? Pues no, no podía serlo, pues creaba camarillas privilegiadas en las unidades, lo que al soldado raso siempre le ha reventado. Y este es probablemente el peor defecto achacable a los comisarios y especialmente a los comunistas, que hacían esto muy bien. Los comisarios pertenecían a partidos y sindicatos y a la hora de la verdad era imposible sustraerse de ello, y esto era malo para las unidades y políticamente también malo, salvo que sólo existiera un partido en el poder. Asunto del que hablaremos más adelante. Y así, la buena labor de los comisarios en las tareas para las que fueron creados, quedó moderadamente mediatizada por la doble militancia del Comisariado.

La Policía Militar:

En el verano del 37 se había creado el servicio con el que se pretendía controlar este ejército que sobrepasaba con holgura el medio millón de hombres: el SIM, Servicio de Información Militar, que era en realidad una Policía Militar. Este organismo era el hijo legal de otros organismos adjuntos al Estado Mayor del Ministerio de la Guerra, concretamente a la Segunda Sección de este E.M. Los llamados Servicios Especiales de Información, que tuvieron triste fama, aunque su trabajo era perfectamente legal. Partiendo de esta base, el Ministro de Defensa, Prieto, unificó los distintos organismos militares de Información y los puso, como siempre hacía, bajo mando de su confianza. Ocurre que Negrín cesó a Prieto en abril de 1938,

⁴ Que se lo digan a Mera en su anarquizado y limpio de comunistas, IV Cuerpo.

tomando él mismo el Ministerio de defensa. Desde que Prieto perdió el control del SIM, siempre se quejó de la influencia comunista en este servicio. Y tuvo variados conflictos de este tipo, donde siempre se cocía el control del SIM, como el conocido caso del mayor de Milicias Duran, un concienciado músico, tempranamente alistado al 5º Regimiento, al que se nombró jefe del SIM de la zona de Madrid, y que cesó Prieto porque era comunista.⁵

Para complementar el SIM, la Justicia Militar se había reorganizado en el mes de octubre creando Tribunales Militares Permanentes. Es de suponer con qué poca amistosa actitud fueron recibidos estos organismos por los sindicatos, y en especial por todas las organizaciones de corte anarquista, después de lo que había pasado en mayo del mismo año, y después también, de la aniquilación del POUM. El SIM fue un organismo quizá eficaz en la represión quintacolumnista pero inadecuado en cuanto a su función de policía militar, contribuyendo a la desmoralización y a la desconfianza de la tropa en la justicia militar republicana. Su actuación provocó muchas quejas, unas justificadas y otras no tanto. En general, las quejas al SIM son las mismas que las relatadas al Comisariado con un seguro porcentaje de justificadas. Lo que resulta incongruente es echarle en cara al gobierno la creación de este organismo, legítimo a todas luces y de urgente necesidad. El uso político que el PCE pudo hacer del organismo, es a la luz de los nuevos estudios, bastante relativo, difundido en general por autores que se han molestado muy poco en confirmar sus fuentes, y naturalmente, ipso facto aprovechado por los propagandistas franquistas. En realidad el organismo estuvo más tiempo bajo mando socialista, sea prietista o negrinista, y a la hora de la verdad el SIM de la zona Centro apoyó a Casado

Sobre la tropa:

En cuanto a los propios soldados y clases de tropa, la mezcla era especialmente variada, únicamente ligada por la convicción de sus Comisarios Políticos, bien fueran soldados por propio alistamiento, bien por mero llamamiento a filas y deber ciudadano. El soldado republicano de reemplazo tuvo épocas mejores y peores. Desde la creación a finales del año 36 del Ejército, la tropa había estado razonablemente bien armada, aunque con armas de muy dispar procedencia y calibre. El material ruso puso algo de orden en este caos

⁵ Los estudios recientes sobre el final de la guerra, o sobre el PCE en la guerra, van demostrando que esto de la influencia del PCE es un mito, uno más de la GCe. Y no solo lo demuestran las pruebas documentales, las fuentes primarias, si no los mismos hechos demuestran que esta influencia era muy relativa. A la hora de la verdad, cuando Casado se sublevó en Madrid, las supuestas unidades comunistas eran las menos.

intendente, sobre todo en los cuerpos de Maniobra.⁶ . El equipo también fue muy dispar. Destacando por su calidad, uniformes, calzados y correajes, señalando a veces la uniformidad, la región, o incluso la fuerza política de procedencia de las unidades. Las prendas de abrigo, capotes, impermeables, mantas y chaquetones y cazadoras de cuero fueron de buena calidad, no en vano toda la industria textil era gubernamental. El calzado, por las mismas razones también. En Teruel, muchos combatientes iban dotados con botas especiales para clima frío. Hubo, sin embargo, en esta batalla, serios problemas de suministro. Debido a las fuertes levadas del otoño del 37, los almacenes del Ejército no pudieron dotar a todos los reclutas llamados a filas, y unos miles de ellos fueron movilizados con la advertencia de que deberían presentarse en sus acuartelamientos equipados por cuenta propia. Pero salvo esta excepción, dramática, por las condiciones climáticas de Teruel, pero excepción, la tropa republicana en la batalla de Teruel estuvo mejor protegida contra el frío que su contraria, sufriendo muchas menos bajas por congelación.⁷

La alimentación de la tropa también fue calamitosa desde mediados de 1.937, pero casi de lujo comparada con la de la población, sobre todo al final de la guerra.⁸ La permanencia en el frente de las unidades fue otro aspecto negativo, en los frentes estáticos las unidades permanecían meses y meses en las trincheras y su salud y su higiene se resentían notablemente, situación que no decía nada bueno de los Estados Mayores de las grandes unidades. Debido a estos problemas, la disciplina de los soldados republicanos era muy desigual según las unidades y muy condicionada a las condiciones materiales, higiénicas y alimentarias. La creciente derrota, naturalmente, también influía en la disciplina y las deserciones fueron mucho más numerosas que en el bando contrario, con la salvedad, de que si al principio eran normalmente deserciones de tipo político (en ambos bandos), al final, las deserciones en el Ejército Popular eran de tipo anímico: (¡Esto está perdido, hay que salvar el pellejo!) De todas formas, en el Ejército Popular no se produce Disolución hasta la batalla de Cataluña, es decir, pasado el Ebro. Eso dice mucho del soldado republicano.

6-Los cuerpos de choque fueron el V de Lister, el XV de Tagüeña, pero ya en el Ebro, y las unidades internacionales. Las brigadas de Carabineros, también estaban armadas de material ruso.

7-Esta afirmación ha generado cierto escándalo entre los aficionados a los mitos franquistas. Pero las imágenes cantan. Hay palmarios ejemplos en ambos ejércitos de personal inadecuadamente calzado en un escenario de hielo y nieve. Resumiendo Alpargatas.

8-Siempre se supo, que el Gobierno Negrín tenía reservas alimentarias en 1939 para aguantar otros seis meses más de guerra. La reserva de legumbres secas (las famosas lentejas, píldoras del doctor Negrín) era muy considerable en las dos zonas republicanas. Con ellas se abastecía preferentemente a las Fuerzas Armadas.

La moral de la tropa:

El soldado republicano era de normal valiente en el ataque, duro en la defensa y audaz en los contragolpes, pero adolecía de ciertos defectos importantes. El principal, los pánicos generalizados. Debido al terror que los republicanos tenían a caer prisioneros, en cuanto los tiros sonaban a la retaguardia, las unidades bisoñas, corrían grave peligro de desbandada, por culpa de un pánico contagioso, no al enemigo que furiosamente batía los parapetos, sino a quedar copados y obligados a la rendición con grave riesgo de ser fusilados. Si los mandos de las unidades no estaban a la altura, en especial los comisarios políticos, el peligro era grave para las unidades poco fogueadas. En Teruel se produjo uno de los peores pánicos de toda la guerra, y a una unidad veterana y combativa, la 25 división de Vivanco, afortunadamente sin consecuencias gracias a la decidida intervención del mando. Los pánicos siempre eran por culpa de oficiales y suboficiales, y naturalmente de comisarios políticos, que no sabían estar a la altura de las circunstancias. Pero no era fácil tener autoridad en un ejército cuajado de soldados, uno de cuyos idearios más importantes era el antimilitarismo. A pesar de esto, la moral de la tropa, frente a lo que se ha dicho, era en general bastante buena, de otro modo no se explica la empecinada resistencia republicana. Pero la moral no sirve de nada sin instrucción y sin materiales y de estas dos, el soldado republicano andaba peor.

Las consecuencias de los puntos anteriores:

La afirmación de Ciutat

Las diferencias señaladas entre el ejército Rebelde y el Popular tuvieron funestas consecuencias para las fuerzas republicanas. La primera y principal es el elevado número de bajas que sufrían los republicanos por contra de los rebeldes, y que era debido básicamente a la superioridad armamentística, tiro automático, artillería y aérea, y a los fallos de instrucción y organización. Cuanto mayor era la diferencia, mayores eran las bajas republicanas, cuyo palmario ejemplo es el frente Norte, donde Ciutat apunta en sus "Relatos y reflexiones de la guerra de España", un quinto de los efectivos como bajas definitivas, es decir, 30.000 muertos sobre unos efectivos totales de 150.000. Ciutat no aporta documentación para esta afirmación, pero tiene a su favor el haber sido Jefe de Estado Mayor de las Fuerzas del Norte. Es por tanto una cifra creíble, aunque, repetimos, estamos valorando las fuerzas peor dotadas de material del ejército popular.

La "apostilla de Ciutat" es que cuando los rebeldes no dispusieron localmente de artillería o aviación, las bajas de su infantería eran parejas y sus progresos muy difíciles si no imposibles.

Otras más, y que llegó con la militarización es la particular pérdida de moral combativa de muchas pequeñas unidades de algunos frentes concretos, según oficiales profesionales o de milicias llenaban los huecos dejados por militantes de primera hora, y a la par la distancia burocrática se interponía entre la tropa y sus mandos, quedando la tropa muchas veces a merced de lo que más odiaban: oficiales distantes, fríos, reglamentaristas y poco combativos, a quienes el bienestar de la tropa importaba tan poco como las ganas de combatir. Este derrotismo en la miseria, se dio sobre todo en unidades estáticas, nunca relevadas, de malas condiciones higiénicas e instalaciones sanitarias deficientes. Naturalmente era culpa de un tipo de mando, mayoritariamente de poca conciencia política, que abundó en el Ejército Popular, mucho más de los que se cree. Y enlazando con la anterior, sorprende que de un ejército de milicianos mandado por líderes político-militares terminara surgiendo un ejército altamente burocratizado que era la desesperación de muchos mandos combativos y que algunas veces hacía pensar injustamente que la quinta columna presidía los Estados Mayores de los Cuerpos de Ejército.

En cualquier caso, los soldaditos republicanos tenían por descontado, como ya hemos dicho, las virtudes patrias para la guerra, como son la capacidad de combatir por cuenta

propia, el arrojo desusado en momentos críticos, y una moral y alegría vital a prueba de bombas (nunca mejor dicho), lo que nos lleva a considerar las más curiosa virtud del Ejército Popular y que en cierto modo, paliaba los defectos anteriores. La "segunda apostilla de Ciutat", hablamos de su capacidad de recuperación y de regresar al combate. Fenómeno que el Jefe del Estado Mayor del Ejército Norte, Ciutat, observó una y otra vez, tanto cuando sirvió en el Norte como cuando sirvió en el Ejército de Levante. Y en todos los frentes hay ejemplos de esta afirmación, desde las derrotas de los valles de Guadiana y el Tajo, hasta el frente Norte, Madrid, Aragón en 1938, Valencia, el Ebro, etc... Quizá fue esta la mayor virtud del miliciano y soldado republicano, su asombrosa capacidad de recuperación, física y moral. Ello dice mucho de su sanidad y de su organización de retaguardia, los famosos CRIM creados por Asensio, y sin duda, y la más importante, la influencia en la recuperación de la moral del combatiente, del cuerpo de Comisarios de Guerra del Ejército Popular que sin duda define y explica muchas de las extraordinarias cualidades del Ejército Popular, un ejército que perdía o empataba todas sus batallas pero al que era muy difícil hacerle perder la guerra.

Afirmaciones:

Afirmación de Ciutat:

El elevado número de bajas que sufrían los republicanos por contra de los rebeldes, era debido básicamente a la superioridad armamentística y aérea, y a los fallos de instrucción y organización. Cuanto mayor era la diferencia, mayores eran las bajas republicanas

Apostilla de Ciutat:

Cuando los rebeldes no dispusieron localmente de artillería o aviación, las bajas de su infantería eran parejas y sus progresos muy difíciles, si no imposibles.

Segunda apostilla de Ciutat:

La capacidad de recuperación y de regresar al combate del soldado republicano era mayor que la de su oponente.

Conclusiones: Causas políticas de la derrota del Ejército Popular:

La política de ofensivas de Prieto y Negrín:

El mando republicano valoró correctamente la mentalidad militar del comandante en Jefe rebelde, y las iniciativas estratégicas de Rojo siempre sorprendieron a Franco deshaciendo sus planes. Pero Rojo no tuvo tanta fortuna al valorar la mentalidad política de su rival ni las reglas del poder en el que se desenvolvía Franco. Franco no podía rechazar una batalla, y menos una que implicara la pérdida de una capital de provincia, como el caso de Teruel. En su marcada estrategia política, el excelente comandante de batallón que era Franco, pero mediocre general, siempre aceptó los desafíos republicanos. Su mejor organización, sus excelentes suministros y escalones de retaguardia, su potente aviación, propia y extranjera, su inmejorable artillería, y sobre todo, su retaguardia políticamente unificada y con una gran parte de la población convenientemente aterrorizada, le permitieron resistir las embestidas del león republicano, y en algunas, decisivas, explotar el general desfondamiento en que las armas republicanas quedaban tras la pérdida del efecto sorpresa, y comenzar la batalla de desgaste, que las fuerzas republicanas nunca podían permitirse, ni en materiales, ni en hombres. Pues no había un Cuerpo de Ejército de reserva para explotar la ofensiva. La República siempre echaba toda la carne en el asador (y la misma), pero cuando esta se agotaba, los relevos nunca llegaban. Las ofensivas diseñadas por Rojo, bien en el Estado Mayor de Miaja o en el flamante Estado Mayor Central, parecían muy correctas desde el punto de vista de un tablero en una mesa de operaciones militares. El cuerpo teórico de las operaciones se diseñaba adecuadamente, pero el detalle de las operaciones se centraba en un corto y como mucho medio plazo de una semana de combates. Los objetivos iniciales se preparaban minuciosamente y el efecto sorpresa de las primeras 24 horas del ataque siempre funcionó.

Los republicanos solían atacar por sorpresa, en la oscuridad de la noche y sin apoyo artillero ni de la aviación. Esto lo dice todo de sus carencias materiales. La posibilidad de un avance en profundidad lo suficientemente exitoso para que las armas rebeldes entraran en crisis fue siempre el hilo conductor de las ofensivas republicanas, y en cierto modo así fue, salvo en Belchite que fue el mayor fracaso estratégico republicano. Brunete produjo un parón en el asalto rebelde a Santander, Teruel cambió radicalmente las intenciones ofensivas de

Franco: ataque sobre Madrid⁹ y que probablemente le hubiera dado la victoria en la primavera de 1.938 a costa de perder sus mejores fuerzas. Valencia, como Madrid, le hizo morder el polvo a sus mejores tropas de choque pese a sus ganancias territoriales. El Ebro volvió a cambiar la dirección del ataque franquista y de acuerdo con la estrategia de Negrín y Rojo decidió la guerra en una batalla decisiva que el Ejército Popular perdió y con ella la República perdió definitivamente la guerra, mientras el virrey Miaja se mantenía al páiro mientras su condestable, el coronel Casado, rumiaba la traición. En el Ebro, Franco se quedó sin sus unidades de choque ya muy quebrantadas en su ofensiva sobre Valencia, pero eso ya no tenía importancia, había ganado después de mil duros días de lucha, que ni Mola, ni Queipo, ni Cabanellas, ni él mismo, se esperaban.

La política de ofensivas del gobierno republicano era correcta desde el punto de vista del Consejo Superior de Guerra, pero arruinaba las mejores fuerzas del Ejército Popular una vez que la ofensiva quedaba detenida. Las batallas de desgaste, en las que siempre quedó atrapado el Ejército Popular a las 48 horas del inicio de todas sus ofensivas, fueron demoledoras. El Estado Mayor republicano debería haber sido menos brillante en el planteamiento de sus acciones y más realista en su ejecución y posibilidades. Franco siempre supo coger al ejército republicano a la contra y machacarle, una sencilla estrategia con un alto coste para el ejército rebelde pero que podía permitirse política y militarmente. La República no.

Franco ordenaba el ataque y punto, todo lo más y por lo bajini, sus centuriones le criticaban (con razón muchas veces, pues Franco, de otra forma, también hacía una guerra político-militar, donde afianzaba su poder y resolvía temores internacionales). La República y su EMC hacían principalmente una guerra política, debían convencer a los partidos del Frente Popular, al pueblo y a sus soldados de la necesidad de atacar, y lo peor, cruzar los dedos para que el ataque fuera exitoso y no tener que dar explicaciones a los líderes de toda clase y condición del Frente Popular.¹⁰

Hay autorizadas voces que aseguran que pese a todo, mejor le hubiera ido al Ejército Popular manteniendo una política puramente defensiva como la que le dio resultados aceptables hasta la primavera de 1937. Aguantar, fortificar y golpear rápido sobre objetivos

⁹ Nunca se sabrán las verdaderas intenciones de Franco, pues tenía sus reservas geográficamente distribuidas de modo que tanto podría haber atacado Madrid a finales de 1937, como tratar de cortar en dos la zona republicana, como hizo en la primavera de 1938.

¹⁰ Durante los preparativos de la batalla de Teruel, por ejemplo, los sindicatos ferroviarios de Aragón-Cataluña hicieron huelga. No se fusiló a nadie como hubiera ocurrido en el bando contrario.

secundarios hasta conseguir un acuerdo de paz, dicen, hubiera sido una mejor estrategia militar para la República aunque esto suponía aceptar que el Norte estaba irremediablemente perdido.

En cierto modo la política de su contrario durante el verano de 1937, aguantar la embestida y golpear duramente a la contra mientras se conquistaba el Norte. Pero el gobierno no era su contrario ni tenía sus medios, ni su retaguardia unificada, ni sus ayudas internacionales. Y como ya hemos señalado, esta estrategia no era posible ni viable políticamente, pues el gobierno, como tal, estaba en la obligación de atacar y conseguir victorias que alimentaran la moral republicana. ¿Y además, esperar a qué?, los hechos internacionales que sellaron la guerra civil se produjeron en dos momentos decisivos, al inicio, con la no intervención de Inglaterra y Francia, y la puntilla, los acuerdos de Munich, donde Hitler se tragaba Checoslovaquia y por tanto, al evitarse la guerra mundial, Franco podía merendarse la República sin temor a una posible intervención aliada.

Desde el principio, la República supo que estaba sola, algunos amigos lejanos, y el padrecito Stalin. Atacar, por tanto, no era un desatino por muy arriesgado que fuera y por mucho que a toro pasado nos lo parezca. No había otra manera de cambiar la mala marcha de las armas republicanas. A la defensiva nunca se gana, en todo caso se gana tiempo para la ofensiva. Y además, y como ejemplo de lo contrario, en la primavera de 1938, el frente del Este se hundió en una campaña defensiva que el Alto Mando no pudo detener ante la superioridad técnica y de efectivos de los rebeldes. El mayor desastre defensivo republicano, por contra de las tablas conseguidas en la batalla del Jarama, se produce porque se ha perdido la paridad del frente de Madrid. Y no es la derrota de Teruel, como dicen muchos, la desmoralización y pérdidas de esta batalla, el factor determinante de la rotura en dos zonas de la España republicana, el problema es muy otro, es un problema de armas, de instrucción y de organización como hemos señalado.

Y la batalla del Ebro es el argumento de esta afirmación, cuando a pequeña escala (15 divisiones) la República fue capaz de superar la instrucción y la organización de este ejército, que no las carencias materiales, y todo ello en un tiempo record. Por ello y frente a muchas opiniones, creemos demostrar que esta política de ofensivas no fue causa política decisiva de la derrota del Ejército Popular.

Un ejército sin ideología propia, frente a lo que pudiera parecer:

La derrota política del Ejército Republicano no fue por tanto culpa de la falta de recursos materiales. Menos aún por la desorganización de la retaguardia, hervidero de emboscados y

quinta columnistas. No, todo eso había contribuido pero no había sido la causa fundamental. El Ejército de la República había sido derrotado políticamente, tanto en su propio bando, como, naturalmente, en el contrario. Y me explicó: En primer lugar, era un ejército nacido de un embrión de milicias subsidiarias de organizaciones políticas con más vocación revolucionaria que militar. En segundo lugar, no era un ejército patrio o nacional, aunado por una pasión revolucionaria, como el que defendió las fronteras de la Francia revolucionaria. No, el Ejército de la República estaba formado por una heterogénea mezcla de reclutas forzosos y militantes muy concienciados, pero muy sujetos estos últimos a una doble disciplina política. Tampoco era un Ejército Rojo, aunque le llamaran así, como el que formara Trotsky con una disciplina de hierro para suplir la falta de medios bélicos.

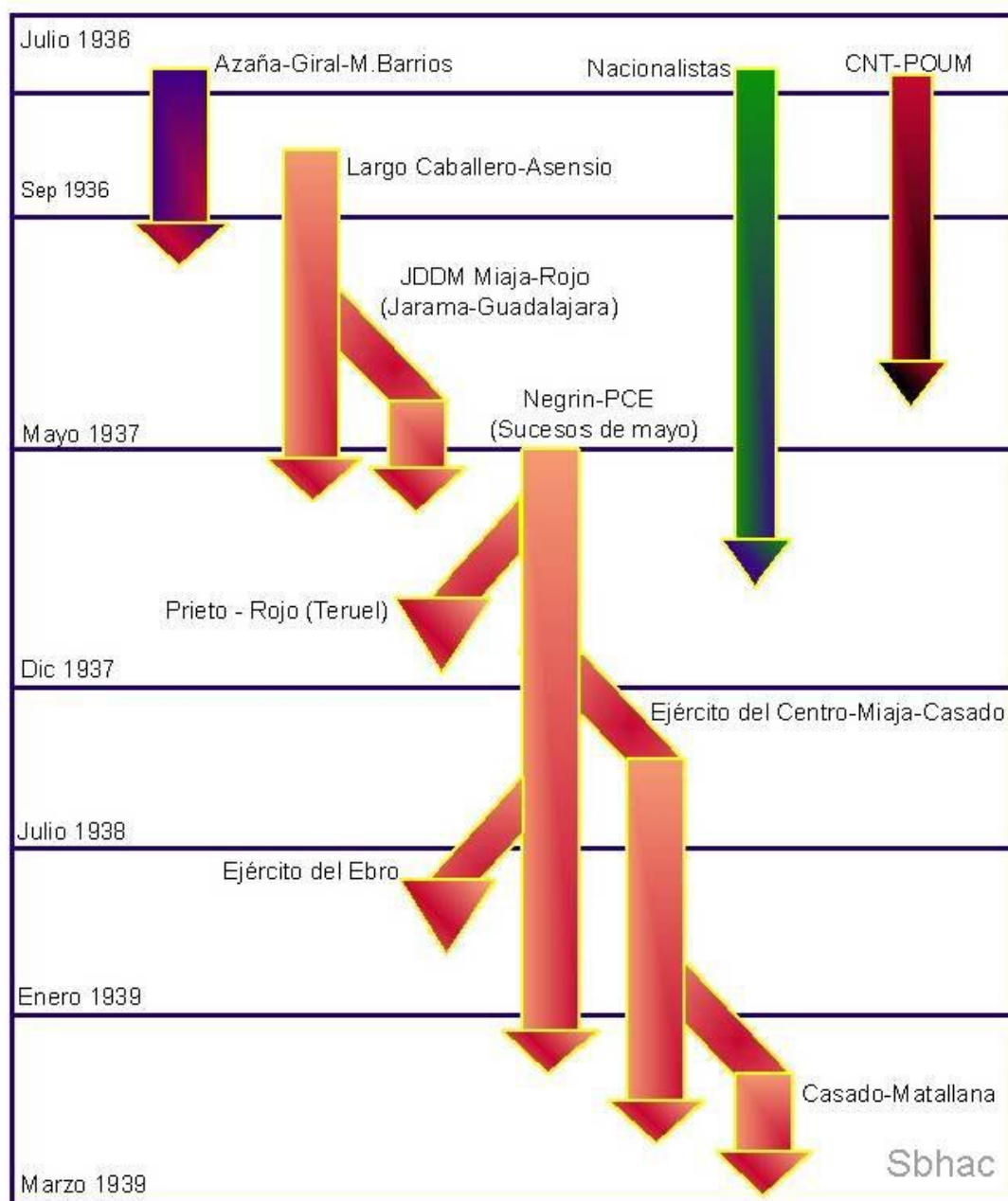
Y por tanto, y contra todo lo que se ha dicho, era un ejército carente de una ideología propia, aun disponiendo de media docena de ellas, desde las moderadas a las más radicales. El Ejército de la República no era el Ejército de un Estado, aunque deseara serlo, tampoco era un Ejército Revolucionario, aunque muchos lo intentaran, y mucho menos era un Ejército Rojo, por mucho que sus enemigos se empeñaran en llamarlo así.

Y aun así, fue capaz de operar en condiciones adversas contra ejércitos profesionales, mercenarios extranjeros, cuerpos de ejército de potencias fascistas, brigadas de voluntarios fanáticos altamente motivados y disciplinados, (carlistas: reliquias de anteriores contiendas civiles), grupos fascistas sin piedad, y finalmente, a una larga leva de soldaditos españoles en rebelión, sumisos a Franco, y para su fortuna, ¡victoriosos!

Mil días de fuego soportó este abigarrado ejército, desde sus incipientes milicias, pasando por sus Brigadas Mixtas, y terminando en las Divisiones de Maniobra. Hubo de sufrir una espantosa variedad de material y municionamiento. Unos malos servicios de intendencia y transporte. Una dispar disciplina que podía pasar de las medidas draconianas a toda luz injustas que rebajan la moral de la tropa a niveles imposibles, hasta la más absoluta permisividad, en el paraíso de los aficionados. Dispuso de mandos de toda condición, civiles que se demostraron excelentes comandantes tácticos, militares profesionales que nunca parecían entregarse a su tarea al cien por cien, cuando no suspiraban por el enemigo descaradamente. Y eso sí, un Estado Mayor, que en sus cabezas era de lujo, pero que en modo alguno podía evitar la derrota política y por tanto militar, al abandonar las democracias occidentales a la España gubernamental a su suerte y carecer el gobierno y por tanto el ejército de alternativa política ante este hecho evidente. No pudo, entonces, este valeroso ejército tener ideología propia, como la puede tener cualquier ejército, incluida la Wehrmacht. Tuvo todas las de izquierda y no tuvo ninguna. Tuvo todo tipo de mandos y no tuvo ningún

líder militar, no tuvo su Trotsky, ni su Moltke, y mucho menos su Napoleón. Pero es que ni siquiera tuvo su comandante en Jefe, más allá de la figura del Ministro de Defensa y Presidente del Consejo de Ministros, Dr. Negrín. De modo que Rojo, nombrado Jefe del Estado Mayor Central y del Estado Mayor del Ejército de Tierra, asume las funciones de comandante en Jefe sin serlo y naturalmente sin ejercerlo realmente, pese a su deseo personal de asumirlo y haber solicitado la creación de este mando supremo en carta a Negrín. El cargo de Jefe del EMC no supuso para Rojo tomar las riendas de las fuerzas armadas, menos, de los Cuerpos de Seguridad en funciones de Policía Militar, y mucho menos poner la aviación y la flota enteramente a su disposición. Su autoridad quedaba pues limitada en realidad al Ejército de Tierra (y con reparos, pues Miaja iba por libre) y a desarrollar la estrategia republicana de guerra.

Grupos de poder político-militar en la República en guerra



Afirmamos pues, que la falta de un comandante en jefe de las fuerzas armadas republicanas y la falta, no menos necesaria, de la declaración oficial del Estado de Guerra fueron sin duda dos importantes aspectos de la derrota política del Ejército Popular, frente a un gobierno fruto de un endeble pacto político entre los partidos del Frente Popular, en los que su vida cotidiana, parece, así se refleja en su comportamiento, un permanente tira y afloja de alianzas y rupturas que condicionaron la política republicana de guerra a una servidumbre civil que era muy "legal" pero de todo punto irracional en la conducción de la guerra, y que debilitó al Ejército Popular casi tanto como la falta de materiales bélicos.

El final:

Puede decirse que cuando la República consiguió organizar su Estado, y con ello su administración, gobierno, justicia, fuerzas armadas, y sobre todo sus industrias, ya era tarde, y la República estaba militarmente a las puertas del colapso. Sorprendentemente, la errática estrategia militar de Franco, con su inexplicable ofensiva sobre Valencia a finales de la primavera del 38, permitió el último esfuerzo militar republicano con posibilidades reales, que se basaban únicamente en dos posibles opciones:

- Una, conseguir las tablas mediante una larga batalla de fijación de fuerzas en el Ebro que posibilitara un acuerdo internacional de paz, donde Franco fuera obligado a aceptar un armisticio por sus aliados alemanes e italianos ante su incapacidad para rendir a una República que sufría revés tras revés, pero nunca acababa de caer. (Algo de esto hubo, y bien se notó en la retaguardia rebelde, pero desgraciadamente, y como era previsible desde el principio, las potencias democráticas, es decir Inglaterra, volvieron a dar la espalda a la España republicana, y la pequeña posibilidad de conseguir el armisticio en Munich se esfumó, junto al Ejército del Ebro, tan pacientemente reconstruido los meses anteriores a la batalla).
- Y otra posible opción, mantenerse férreamente, aunque se perdiera territorio, hasta que estallara la guerra mundial, pasando a tener como aliados a Francia e Inglaterra.

Ninguna tenía muchas posibilidades, vista la aptitud de Inglaterra, pero no había otras, salvo la rendición. Y bien lo sabía Negrín que había buscado un acuerdo razonable de paz en los foros internacionales aportando gestos políticos y militares como la retirada de las Brigadas Internacionales.

Cuando Tagüeña repasó el Ebro tan brillantemente con los restos del decimoquinto Cuerpo de Ejército, el Grupo de Ejércitos de la Región Oriental ya no tenía ninguna capacidad ofensiva y muy poca defensiva. Sólo quedaba replegarse ordenadamente a líneas de resistencia prefijadas para así retirar las fuerzas que quizá pudieran mantener el terreno y en el peor de los casos, si se perdía Cataluña, retornar a la zona Centro, pero también esto fue imposible. Como fue imposible distribuir un gran envío de material ruso que se encontraba depositado al otro lado de la frontera francesa entre los que se contaban 70 I-16, 50 Tupolev SB-2, y 40 T-26, y otras muchas armas y que nunca cruzaron la frontera pues llegaban demasiado tarde y en cantidades bastantes menores de las solicitadas a Rusia (¡a crédito!) por el gobierno.

Solamente las fogueadas fuerzas de los restos de las divisiones de Líster, Pedro Mateo Merino¹¹ y alguna otra cubrieron la retirada valientemente mientras civiles y militares emprendían una patética huida, abandonando Barcelona prácticamente sin lucha, y con ello, toda esperanza. En esta retirada, fría y temerosa, muchos materiales, repuestos, provisiones e impedimenta de las fuerzas armadas republicanas sufrieron graves pérdidas e incluso despilfarros, que hicieron todavía más penosa la escasa lucha de contención que mantenían las agotadas unidades todavía en orden de combate. Pero aún así, cierto orden de batalla se mantuvo en las Fuerzas Aéreas y en el Ejército de Tierra, donde muchos hombres y sus máquinas bélicas lucharon hasta el final, consiguiendo que casi medio millón de civiles y militares republicanos atravesaran la frontera en relativo orden. Los Estados Mayores de los cuerpos Quinto y Decimoquinto, convertidos en unidades de primera línea, con los restos de los batallones especiales (los más duros de los combatientes republicanos) cruzaron los últimos la frontera con sus jefes en último lugar, en un magno ejemplo de una disciplina militar que todavía sobrevivía en la debacle.

El resto es la historia de la tenaz lucha del Ejército Popular, las Fuerzas Aéreas y las Fuerzas Navales, por contener la avalancha rebelde y a la par, dotarse a sí mismos de fuerza, disciplina, unidad y mando. En este segundo afán, la República estuvo cerca de conseguirlo como ya hemos dicho, sólo así se explica el empecinamiento bélico republicano que permitió resistir 1000 días de fuego al ejército rebelde, ejército que no siendo nada especial militarmente, si tuvo y administró sus recursos, sus apoyos extranjeros y su moral, para que fueran suficientes para derrotar a las fuerzas gubernamentales.

La cuestión del Estado de Guerra:

La negativa del Gobierno a declarar el Estado de Guerra, que en una España muy profundamente antimilitarista, hubiera dado a los Jefes de los Ejércitos inmensas prerrogativas, razón principal por la que no se hizo, es el hecho que nos parece crucial para entender la debilidad ideológica del Ejército Popular. Aspectos de este poder militar se dieron en grandes zonas del territorio republicano estuviera o no en vigor el Estado de Guerra, local, provincial y hasta regionalmente. Es indudable que una declaración de Estado de Guerra no sirve de nada si uno no tiene el control del orden público. Pero a la par que se luchaba por este control, nunca enteramente conseguido, hubiera sido conveniente declarar el Estado de

¹¹ Según Tagüeña en testimonios de dos guerras, que sabía muy bien de lo que hablaba, al final de la retirada de Cataluña, en el Ejército del Ebro, los cuerpos de ejército tenían los efectivos de una brigada, las divisiones las de un batallón, y las brigadas las de una compañía.

Guerra, pese a las poderosas razones que los distintos gobiernos de la República tenían para no hacerlo. Si el Estado de Guerra se hubiera declarado, quizá las cadenas de mando hubieran sido más fluidas, y los medios blindados, la fuerza aérea y la flota habrían tenido una subordinación táctica mayor, y todos los servicios que alimentaban el Ejército Popular hubieran funcionado mejor. Rojo presentó varios informes a Negrín en los que de forma clara abogaba por reformas políticas en la estructura militar de las Fuerzas Armadas Republicanas. En todos ellos se traslucía una idea fija: La creación del puesto de Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas. El más claro de todos ellos lo presentó el 20 de septiembre de 1938 y que en líneas generales proponía a Negrín:

- Militarización de la administración civil (él dice purificación) eliminando los elementos políticos, militares y sindicales indeseables.
- Militarización de la retaguardia para la movilización general (él dice persecución del emboscamiento).
- Creación de un único ejército con una sola administración militar (Tierra, Aviación, Marina, Carabineros y Seguridad)
- Nacionalización de la industria (él dice ponerlas todas bajo una sola dirección).
- Militarización del Servicio de Transporte (él dice ponerlos todos bajo una sola dirección militar)
- Unificación política. Se refiere a los tres gobiernos que coexistían en Barcelona y a la enorme variedad de partidos, periódicos y organizaciones que tan mal repercuten en la moral de las gentes (sic).
- Asegurar el abastecimiento regular desde América y la URSS de forma regular o mediante el contrabando a gran escala

Lo que Rojo proponía era romper la asimetría con el enemigo, y que le dieran el mando de verdad¹². Pero ni aún en el improbable caso de que el gobierno hubiera asumido estas propuestas como urgentísimas (que lo eran) se hubieran podido llevar a cabo. Los hombres de Negrín y los comunistas no tenían fuerza suficiente para imponerlo, políticamente eran combatidos desde todos los flancos, largo-caballeristas, anarquistas, republicanos, nacionalistas, todo el conjunto político republicano estaba en ebullición. El EM del Grupo de Ejércitos del Centro se encontraba lleno de sediciosos, incluso en sus principales cabezas,

¹² Todas estas medidas se resumen en la declaración del Estado de Guerra, el nombramiento de Rojo como Comandante en Jefe, y la refundación de la República con un Partido Nacional donde se incluyeran todos los partidos republicanos

unas medidas así hubieran pedido a gritos el cese de Miaja (darle un puesto honorífico de mayor grado)¹³.

Aunque Rojo asegura que estas medidas salvarían a la República, no es cierto en septiembre de 1938, con la situación internacional tras el pacto de Munich, la guerra no tenía vuelta atrás. La República estaba derrotada y sólo quedaba salvar los muebles. Pero estas medidas sí hubieran podido un año antes, conseguir un alto el fuego con mediación internacional, justo tras los sucesos de mayo, reforzado el gobierno recién estrenado de Negrín. Ese fue el momento cuando Negrín hubiera debido declarar el Estado de Guerra, militarizar la nación, nombrar a Rojo comandante en Jefe, unificar los cinco ejércitos, y reprimir la disidencia republicana y la quintacolumnista.

La idea de que la derrota política del Ejército Popular es realmente su derrota militar, parte precisamente de la falta de liderato y por tanto de control de fuerzas y recursos. Un fuerte gobierno, prácticamente militar, con soporte socialista y comunista, que buscara un acuerdo de paz hubiera tenido más posibilidades bélicas que las que hubo, asumiendo claro, que la represión política hubiera sido mayor, que anarquistas, largo-caballeristas (probablemente) y demás formaciones enfrentadas a los comunistas lo hubieran pagado muy caro. Pero en cierto modo eso ya ocurrió a pequeña escala.

La unificación del PSOE y PCE, de la CNT y la UGT, y la desaparición de los grupos a la izquierda del PCE y a la derecha del PSOE si no física sí políticamente, hubiera convertido a la República en lo que luego conoceríamos como Democracias Populares, pero hubiera dado más probabilidades a un acuerdo de paz. Afirmamos por tanto, que la única posibilidad que tenía el Ejército Popular de conseguir las tablas bélicas partía de tener el control absoluto de todas las fuerzas armadas, dándoles la cohesión ideológica que el propio PCE le dio al ejército del Ebro, controlando todos los recursos y por supuesto implantando un directorio militar presidido por Negrín. Naturalmente, contra eso luchaban las masas republicanas y ello no hubiera sido posible sin una gran dureza. Pero hubiera eliminado una gran asimetría con respecto a los rebeldes, un mando único, inapelable y que funcionara. El gobierno de la República ganó la batalla a los revolucionarios de su propio bando, pero no evolucionó en la lógica de la guerra, coqueteó con el autoritarismo, reprimió sin piedad por cuenta ajena a los izquierdistas del POUM, y por cuenta propia, también a los anarquistas, y de paso les quitó las ganas de combatir, pero no concluyó su tarea de reconstrucción gubernamental dando

¹³ Miaja ya le dijo a Negrín con motivo de la vuelta a la zona Centro del presidente del gobierno tras la caída de Cataluña, que él no se chupaba el dedo, cuando advirtió la más mínima sospecha de que el gobierno quería ascenderle para quitarle su feudo Valenciano. Lo cuenta Antonio Cordón en Trayectoria, pero ha sido relatada la anécdota por otros autores.

más poder al ejército. No había otra forma de convertir un ejército de papel en un ejército de ciudadanos políticamente conscientes capaz de soportar las más espantosas penalidades y carencias, bajo la más dura de las disciplinas, que es como vencen únicamente los ejércitos del pueblo al canalizar las virtudes cívicas en un espíritu de cuerpo de férrea resistencia.

Pero nada de esto ocurrió. La República y su ejército perdieron la guerra porque no podía ser de otra manera desde el mismo momento en que Alemania e Italia se volcaron sobre Franco, las democracias occidentales le volvieron la espalda, y el gobierno no pudo adaptarse a las graves circunstancias con medidas de excepción, una vez recuperado el control del orden público en mayo de 1.937. La ayuda rusa y el auge comunista le dieron un respiro, pero como decimos, la salvación de los republicanos sólo pasaba por traicionarse a sí mismos y convertirse exactamente en los contrarios de Franco. Opción que nadie en su sano juicio (y menos Negrín, el más honesto e inteligente de todos ellos) se hubiera atrevido a poner en marcha en 1.937. Es una triste historia.

Por tanto, los aspectos políticos de la derrota del Ejército Popular pueden sintetizarse en:

- La falta de una identidad ideológica única en el Ejército Popular.
- Incapacidad de los civiles para entregar la marcha de la guerra a los militares una vez creado el Ejército Popular y su EMC.
- Incorrecta decisión de no declarar el Estado de Guerra en el territorio republicano y no nombrar a Rojo Comandante en Jefe con plenos poderes en mayo de 1.937.
- Las dificultades para adquirir y fabricar materiales de guerra y la crisis de alimentos.

Mientras que para los rebeldes se trató de una larga y lenta, pero victoriosa sucesión de campañas militares a la par que se afianzaba el poder absoluto de los militares y de su líder en el nuevo estado nacional-católico, es decir, el franquismo. Para la República, su ejército combatió en una guerra que no podía ganar, donde todo a lo que podía aspirar era un alto el fuego. La flota republicana quedó a la defensiva bajo la conjunción de tres flotas, la italiana, la alemana y la rebelde. La aviación republicana fue cualitativa y cuantitativamente, lenta y dolorosamente derrotada por tres flotas aéreas de las mismas nacionalidades citadas. El gobierno republicano, completamente marginado en Europa, combatió mientras le quedaron fuerzas que mandar. Mientras existió como tal, conservó sus estructuras políticas, legales y parlamentarias y nunca cayó en la tentación de implantar una dictadura militar, ni siquiera se lo planteó. Luchando contra todas las dificultades, la epopeya militar republicana es digna de admiración, y en algunos aspectos es extraordinaria. Historiadores militares de la democracia están poniendo de manifiesto que la gesta fue heroica, para militares, para civiles y para

todos los que amaban la República. Hora es de contarlo y de afirmar para siempre, que la gesta, la verdadera gesta, fue la republicana.

Afirmaciones:

Segunda conclusión de Blacksmith:

La II República no eliminó sus instituciones democráticas ni traicionó su pacto político del Frente Popular, pese a que ello suponía una grave asimetría político-militar con su oponente. El Alto Mando republicano nunca tuvo el poder suficiente para conducir la guerra más eficazmente. Esto no debe confundirse con la llamada "discordia republicana", hablamos de la militarización general de la sociedad republicana en guerra como única forma de conseguir el alto el fuego.

Tercera conclusión de Blacksmith:

Fue un error crear un ejército regular a imagen y semejanza del francés. La única manera de conseguir tablas era creando un ejército rojo al estilo del creado por los bolcheviques. Es decir, suplir la falta de materiales con disciplina de hierro (sangre y fuego para la tropa) Pero eso significaba terminar con el pacto político del Frente Popular y liquidar la Democracia. La valoración, entre la derrota total y sus consecuencias, y la pérdida de la democracia, es obvia, mejor bolcheviques que muertos.

Bibliografía recomendada:.

Ejército y sociedad en la España liberal, 1808-1936. S.G. Payne. Akal. Madrid 1.977.

El problema militar en España. Gabriel Cardona. Historia 16. Madrid 1.990.

El ejército republicano. Michael Alpert. Ruedo Ibérico. Paris 1.977.

Militarismo y civilismo en la España contemporánea. C. Seco Serrano. Instituto de Estudios Económicos. Madrid 1.984.

El militar de carrera en España. J. Busquets. Ariel. Barcelona 1.967.

Relatos y reflexiones de la Guerra de España 1936-1939. Francisco Ciutat de Miguel. Forma Ediciones. Madrid 1978.

Testimonio de dos guerras. Manuel Tagüeña Lacorte. Ediciones Oasis. México 1974

Trayectoria. Cordón, Antonio. Ediciones de la Librairie du Globe. Paris 1971.

Memorias de un luchador. Enrique Líster. G. del Toro editor. Madrid 1977.

Soy del Quinto Regimiento Juan Modesto. Ediciones de la Librairie du Globe. Paris 1974.

¡Alerta los pueblos! General Vicente Rojo Lluch. Editorial Ariel S.A. Barcelona 1974

Así fue la defensa de Madrid General Vicente Rojo Lluch. Ediciones Era S.A. Mexico 1967